

BY LÍAH JONES



**MADRE  
ESCLAVA**

@La madre esclava

@Todos los derechos reservados

—Lo siento señora Estrada, hace semanas que no sé nada de Lucía.

—Muchas gracias, Karina. —El corazón de Lorena se encogió mientras veía como sus opciones se acaban. Intentó que no se le notase en la voz.

—¿Hay algún problema? —Preguntó Karina preocupada.

—No, no te preocupes, dale recuerdos a tus padres.

Y tras decir eso, colgó el teléfono.

¿No te preocupes? ¿Por qué le has dicho eso? —Se preguntaba a si misma— ¿No sabes dónde está tu hija desde hace días, llamas a su mejor amiga desesperada, la cual tampoco sabe nada y le dices "No te preocupes"? Lorena se mareó ligeramente y tuvo que sentarse en el sofá, estaba en estado de nerviosismo, su hija Lucía no había vuelto a casa desde hacía tres días y no sabía qué hacer. Al principio creyó que se habría quedado en casa de su novio, Alfredo, y simplemente se le había pasado avisarla, no era descabellado, puesto que ya había ocurrido más veces. La situación no hizo más que empeorar cuando le llamó y la respuesta de éste fue que Lucía lo había dejado quince días antes.

¿Cómo era posible? Su hija no le había dicho nada de eso...

Intentó llamarla al móvil y no había respuesta. Daba señal, pero nadie lo cogía. Inmediatamente se dirigió a la comisaría, donde le tomaron los datos y le dijeron que ya la llamarían si encontrasen algo... ¿Que ya la llamarían? ¿Y qué pensaban que hiciera mientras? ¿Quedarse de brazos cruzados en casa?

Había pasado dos días buscándola por todos los lados, preguntando a todo el mundo y no había encontrado nada. La última bala que le quedaba era el número de teléfono de Karina.

Lorena rompió en un llanto desconsolado. Estaba muy unida a su hija Lucía, y más desde el fallecimiento de su marido años atrás. Desde ese momento madre e hija se habían apoyado la una a la otra para salir adelante y aparte de madre, Lorena se consideraba amiga de su hija. Ésta le contaba todo, sabía los novietes que tenía, las peleas con sus amigas... ¡incluso le pidió consejo cuando perdió la virginidad con Alfredo!

Se recompuso y se levantó de donde estaba, lentamente comenzó a andar sin un rumbo fijo por la casa, o eso creía, por que acabó ante la puerta de la habitación de su hija. No le había contado su ruptura con Alfredo, tampoco

tenía ni idea de que ya no se veía con sus amigas... ¿En qué momento había dejado de contarle sus problemas? ¿Había dejado de confiar en ella? ¿Había hecho algo para enfadar a su hija y que esta desapareciese? La idea de que alguien le hubiese hecho algo a su pequeña flotaba por el fondo de su mente, pero Lorena la desechaba continuamente.

Está bien —se repetía—. Nadie le ha hecho nada a mi pequeña, seguro que está bien y pronto volverá.

Entró lentamente en la habitación, todo estaba tal y como lo dejó su Lucía hacía tres días. Había ropa usada tirada en un lado de la habitación, la cama a medio hacer resultado de la siesta que se echó esa tarde antes de irse. En un lado de la habitación había un tocador lleno de productos de maquillaje, algunos incluso se habían quedado abiertos de la última vez que los usó. Se acercó al espejo del tocador y se quedó mirando las fotos que su hija tenía enganchadas en el marco. Había muchas, de Lucía sola, con sus amigas, con Alfredo... Pero Lorena fue directa a coger una en la que salían las dos, madre e hija, en el último viaje que hicieron.

Nadie podría decir que no eran familia. Eran como dos gotas de agua. Las dos eran morenas, pelo negro y ondulado, delgadas y con buena figura, a lo mejor era excesivo decir que parecían hermanas, pero ante los 20 años de la hija, la madre tenía 42 muy bien llevados, y sería complicado decir cuál de las dos es más guapa. Las únicas diferencias eran el largo del pelo (Lucía lo llevaba por mitad de la espalda mientras que la madre lo tenía a la altura de los hombros), y los ojos. Mientras que Lorena tenía los ojos marrón claro, Lucía los tenía azules. Era lo único que había sacado de su padre.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo pasmada observando la foto hasta que la soltó y se sentó en la cama, dio un respingo al notar algo rígido bajo la manta, la apartó y vio el portátil de su hija. Cogió el ordenador y lo llevó a la mesa, pero al dejarlo se deslizó un sobre blanco al suelo.

Lorena cogió el sobre y lo examinó, era totalmente blanco salvo por el nombre de su hija que estaba escrito en el reverso. Lucía. Estaba escrito a máquina, con una tipografía muy recargada. Parecían letras góticas.

El sobre estaba abierto, aun así, no pudo dejar de sentirse un poco culpable al extraer su contenido, como si estuviese invadiendo la privacidad de su hija. Sacó dos papeles del interior, uno era una nota y el otro parecía un folleto de publicidad.

*Te espero esta noche, no olvides tu pase.*

*Zulema.*

Ponía en la nota.

Al leer el folleto casi se cae al suelo, tuvo que sentarse otra vez. Era un folleto negro y en él podía leerse:

*Pomumvetitum*

*Viernes 27 de noviembre*

*Sólo déjate llevar.*

Las manos le temblaban. Viernes 27 de noviembre. Era la fecha en la que su hija desapareció.

No ponía nada más en el folleto a parte de la dirección del sitio. ¿Pomumvetitum? No lo había oído nunca... Y tampoco conocía a ninguna Zulema, su hija nunca le había hablado de ella, aunque con los últimos descubrimientos que había hecho tampoco le sorprendía...

Aparcó el coche a unos 200 metros del lugar y se acercó andando. Estaba en un polígono industrial, y el sitio se encontraba en una de las naves que estaban más alejada. Las paredes eran negras, no había ventanas, solamente había un cartel con letras rojas encima de la puerta (de metal, negra) en el que se veía el mismo logo que había escrito en el folleto: Pomumvetitum.

Un ligero temblor recorrió el cuerpo de Lorena, mezcla de miedo y ansia. Había encontrado un nuevo hilo del que tirar, pero le daba miedo descubrir lo que había al final del mismo. Mientras caminaba acercándose a la puerta podía notar la brisa en cada poro de su cuerpo, comenzó a sentir un sudor frío que recorría su espalda, se sentía una imbécil caminando hacia allí ella sola, ¿Por qué no había avisado a la policía? Vaya tontería, ¿Y qué iban a hacer? ¿Decirle que "ya la llamarían"? No podía esperar, tenía que hacerlo ella misma.

Se paró frente a la puerta, pero ¿y ahora qué? No había picaporte, ni siquiera había cerradura, ¿Cómo se entraría?

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó. 5 segundos, 10 segundos. La espera se le hacía eterna y cuando levantó la mano para llamar otra vez, una rendija se abrió. Desde allí la observaban dos inquisidores ojos.

—¿En qué puedo ayudarla? —Preguntó una voz masculina tras la puerta. De fondo se oía un ruido amortiguado de música.

—Hola —Contestó Lorena—. Me gustaría hablar con el encargado.

—¿Me puede mostrar su pase?

—¿Pase? No, no tengo ninguno.

—Entonces no puede pasar.

Y la rendija se cerró con un fuerte ruido metálico. Tras esos ojos se esfumaba la última pista sobre Lucía.

—¡Espere! —Gritó Lorena desesperada—. ¡No se vaya! ¡Estoy buscando a mi hija! —La mujer golpeó la puerta con rabia un par de veces, se venció sobre ella y comenzó a sollozar—. Por favor...

La rendija se abrió de nuevo, los ojos la observaban en silencio.

—¡Mi hija! ¡Estoy buscando a mi hija! Llevo sin saber nada de ella desde hace días, y lo último que se es que se disponía a venir aquí...

—¿Cómo se llama su hija?

—Lucía, Lucía Estrada. Tiene 20 años, es morena, pelo largo, ojos azules... ¡se parece mucho a mí!

—No me suena haberla visto. Mire, por aquí viene mucha gente...

—¿Y Zulema le suena? —Preguntó Lorena, desesperada—. Por favor... Dígame algo... Lo que sea...

Los ojos la escrutaban a través de la rendija, evaluándola. La música que se oía de fondo cambió ligeramente y comenzó otra melodía, igual de rítmica que la anterior. Lorena respiraba agitadamente presa de la ansiedad.

—Espere aquí un momento. —La rendija volvió a cerrarse con el mismo sonido metálico de la anterior vez.

El corazón de Lorena iba a mil por hora, ¿Podrían ayudarla de verdad? ¿Conocerían al menos a la tal Zulema? A lo mejor a través de ella...

Pasaron los minutos, pero la mujer no se movió de su posición, estaba atenta a cualquier sonido que indicase que su interlocutor volvía para darle noticias, abrirle la puerta o cualquier cosa.

Oyó unos pasos y segundos después la rendija volvió a abrirse.

—¿Y bien? —Preguntó Lorena esperanzada.

—Lo siento, no puedo ayudarla.

—¿Qué?

—Aquí nadie conoce a la tal Zulema, y nadie recuerda a su hija. Lo siento.

—¡Espere! ¿No puedo hablar con nadie más? ¿Puedo hablar con el dueño? ¿El encargado?

—No. Nadie puede entrar sin un pase.

Tras esa frase volvió a cerrar la rendija. Esta vez el sonido metálico sonó

como un portazo en la cabeza de Lorena.

Estuvo unos minutos golpeando la puerta y llamando a gritos, pero fue inútil, nadie volvió a asomarse a la rendija.

Volvió a su coche con paso ramplón, desanimada. Metió la llave en el contacto y arrancó de manera mecánica, metió la marcha y pisó el acelerador. El aire que entraba por la ventanilla la despejó un poco, y entonces se fijó. Había algo que aleteaba enganchado al limpiaparabrisas. Un papel blanco, ¿Le habían puesto una multa? Pegó un frenazo, cabreada, salió del coche dando un portazo y arrancó el papel, gritando barbaridades a quien la pudiese oír. Pero se calló inmediatamente. No era una multa, tampoco era publicidad.

Era una nota.

*Te han mentido.*

*Yo puedo ayudarte a encontrar a tu hija.*

*Ponte en contacto conmigo.*

6xx—xxx—xxx

Lorena miró a todas las direcciones, no había nadie. Tampoco recordaba haber visto a nadie cerca de su vehículo. Pensando un poco más se dio cuenta de que no había visto a nadie a parte del señor rendija. ¿Quién había dejado la nota?

Pensó que quería alejarse de aquél lugar cuanto antes, así que montó en el coche y se puso en marcha. Unos metros después su teléfono estaba marcando el número de la nota con el manos libres. Sonó un clic indicando que habían descolgado, pero nadie contestó.

—¿Hola? —preguntó Lorena—. ¿Hay alguien ahí?

Tras unos segundos de incertidumbre sonó una voz.

—Hola.

Era una voz femenina, Lorena dio un grito sordo de alegría.

—¿Ha dejado usted la nota? ¿De verdad puede ayudarme?

Nuevamente unos segundos de espera.

—Sí, he sido yo quien ha dejado la nota —La voz de la mujer era suave y aterciopelada, con el manos libres daba la impresión de que la dueña de la voz estaba rodeando y abrazando a Lorena—. Y sí, creo que puedo ayudarla con el tema que la ocupa.

—¿De verdad? ¿Usted sabe dónde está...?

—¡Shhhhhh! —La cortó su interlocutora —No es el lugar para hablar de

ello.

Lorena se calló y llevó una mano asustada a su boca, como queriendo desdecir las últimas palabras que había dicho.

—Lo siento, yo...

—Puedo reunirme con usted esta misma noche, si quiere.

—¡Sí! ¡Por favor! ¿Dónde puedo encontrarla?

—Creo que no hay mejor sitio que su casa.

Lorena no cenó. Pasó el resto de la tarde andando nerviosa de un lado a otro de la casa. ¿De verdad esa mujer podría ayudarla? Se sentía contrariada por haber dado su dirección, así como así, a una desconocida, pero cualquier ayuda que la acercase a Lucía sería bienvenida.

Lorena casi voló hasta la puerta y la abrió de sopetón. Una preciosa mujer negra la miraba desde el otro lado, no podía precisar su edad exactamente, pero estaría más cerca de los 25 que de los 30.

—Buenas noches —Saludó la mujer.

—Buenas noches —Respondió Lorena, intentando ocultar su ansiedad—. Pase, por favor.

—Creo que podemos tutearnos, dado que el tema que vamos a tratar exige que mostremos confianza la una a la otra, ¿Te parece? —Lorena observó por vez primera a la mujer una vez comenzó a serenarse. La mujer era alta, esbelta, elegante... En su primer vistazo había visto que era guapa, pero al verla detenidamente se había quedado corta. Las facciones de la mujer eran perfectas, armónicas, Lorena se descubrió mirándola embelesada—. ¿Puedo pasar? —Preguntó la mujer, sacando a Lorena de su ensimismamiento.

—Sí, sí, pasa por favor.

Al pasar por su lado pudo aspirar el aroma suave que desprendía su perfume, un olor fresco y agradable, se quedó embelesada mirando su cuerpo, su figura perfecta. La mujer portaba un pequeño porta documentos en la mano izquierda, e iba enfundada en un ajustado vestido blanco que llegaba casi hasta la rodilla, rematado con un cinturón ancho de cuero negro que rodeaba su cintura, estilizando su figura. Unos zapatos de tacón negros completaban el conjunto y hacían que su cuerpo se meciera a cada paso de forma hipnótica. El contraste entre su piel negra y el blanco del vestido hacía que el conjunto luciera más espectacular si cabe.

Lorena reaccionó de golpe, pensando para sí misma que debía parecer una imbécil. Cerró la puerta y se acercó a su invitada.

—Pasa por aquí, por favor —Dijo indicándole el camino hacia el salón.

La mujer estaba parada en el vestíbulo, admirando con interés la decoración de la casa.

—Tienes una casa muy bonita, Lorena.

—Muchas gracias, señorita...

—Talía.

—Señorita Talía. Es un nombre precioso

—Gracias.

—Entonces... ¿Sabes algo de mi hija? —Lorena no podía aguantar más y lanzó la pregunta que llevaba repitiéndose en su cabeza toda la tarde.

—No exactamente —La cara de Lorena se tornó pálida—, no sé dónde está tu hija, pero creo que puedo ayudarte a encontrarla. Al menos puedo ayudarte a entrar en el Pomumvetitum —Lorena respiró, aliviada, creía que su oportunidad había desaparecido otra vez. —Y además... —Talía mantuvo la pausa unos segundos. —Sé que esta mañana te han mentado, tu hija estuvo allí el viernes.

—¿De verdad? ¿Y por qué me lo han ocultado? ¿Qué es ese local? ¡Dímelo, por favor!

—Tranquila, tengo muchas cosas que contarte y tenemos toda la noche para ello, no es conveniente que estés tan alterada —Talía meditó sus palabras y suavizó —, aunque es totalmente comprensible que lo estés. Te voy a contar todo lo que sé, y te prometo que haremos todo lo que esté en mi mano para reunirte con tu hija.

La anfitriona se calmó un poco, al fin tenía alguien que le daba algo de luz sobre el asunto.

—Está bien, tienes razón —Le indicó con la mano que se sentara en el sofá. —¿Quieres tomar algo?

—Una copa de vino estaría bien —Replicó Talía.

Lorena trajo dos copas y una botella de vino, las sirvió y dejó la botella a un lado.

—Muchas gracias —dijo Talía. —Esa es Lucía, ¿Verdad? —Dijo, señalando una foto colgada en la pared. Lorena la miró con nostalgia mientras Talía, hábilmente, vertía un pequeño líquido en la copa de la mujer, aprovechando la distracción.

—Si, es mi hija, ¿La viste el viernes en aquel local?

—Sé que estuvo allí. ¿Cómo supiste que fue allí el viernes?

—Encontré una especie de... invitación, en su cuarto. Ponía la fecha y venía firmada por una tal Zulema.

—¿Has avisado a la policía?

—No... O sea, sí, la he avisado de la desaparición de Lucía, pero no les he dicho nada del Pomumvetitum.

—Aunque se lo hubieses dicho, no habría cambiado nada —Lorena la miró, extrañada—. La policía no te ayudará, hay gente poderosa metida en este asunto, y saben qué hilos tienen que tocar.

La madre abrió los ojos, asustada, casi se derrama la copa encima.

—¿Qué quieres decir?

—No te asustes, ten por seguro que tu hija está perfectamente y que nadie le ha hecho nada. ¿Nunca habías oído hablar del Pomumvetitum?

—No... Nunca. —Lorena se movió en su sitio incomoda, estaba empezando a sentir calor. Miró su copa de vino, no había bebido ni la mitad, supuso que la tensión que sentía en ese momento la tenía alterada. Dio otro trago a su copa.

—No me extraña. Es un sitio que no conoce mucha gente, y mucha menos gente consigue entrar.

—¿Qué es?

—Es un club privado —Talía dio un sorbo a su copa y miró fijamente a la mujer—. Antes de continuar tienes que tener clara una cosa. Nadie entra en ese club en contra de su voluntad.

—¿Qué quieres decir?

—No sé hasta qué punto conoces a tu pequeña —puso un énfasis particular en las dos últimas palabras que no pasó inadvertido a su anfitriona—. Pero si tu hija estaba allí dentro, sabía perfectamente dónde se estaba metiendo y qué es lo que iba a hacer allí.

—¿Pero qué leches es ese sitio? —Lorena alzó la voz, nerviosa. Talía le dirigió una severa mirada de reprobación ante esa reacción. —L—lo siento... No quería gritar, pero...

—Está bien... —Contestó la mujer, asertiva —Es un club privado en el que sus miembros pueden dar rienda suelta a todas sus fantasías, ¿sabes lo que es un club liberal?

Lorena se quedó sin habla, ¿un club liberal? No sabía que Lucía conocía

un lugar así. Comenzó a notar que la respiración se le aceleraba.

—Creo que sí... Es decir, de oídas sí, pero en persona no, yo nunca...

—Esto es algo más que un club liberal, sus socios... sus socios son gente de dinero, gente poderosa. En este lugar... En este club pueden dar rienda suelta a todas sus fantasías y fetiches, el Club es financiado por sus socios, y a su vez, el Club provee a sus socios de todo lo que necesiten.

—¿Y cómo encaja Lucía en todo esto? Ella no tiene dinero, y para nada es alguien poderosa.

—Aquí entra en juego la tal Zulema. —Lorena se llevó la mano al pecho, "no olvides tu pase", le decía en la nota. —Esa tal Zulema es un miembro del Club, y los miembros tienen derecho a llevar invitados para disponer de ellos.

—¿D—disponer de ellos? ¿Cómo?

Talía puso su mano sobre la de Lorena y se la agarró. Al notar el contacto la mujer se estremeció, el rubor acudió a sus mejillas tornándolas rojas, y su piel se erizó, ¿Qué le estaba pasando?

—¿Has oído hablar de relaciones de dominación y sumisión?

—¿Dominación y sumisión? ¿Algo como el bondage? —Lorena había oído hablar del BDSM, incluso alguna vez con su marido practicaron algún juego ligero, atarse con pañuelos y cosas así, nada serio.

—No exactamente. Aunque el bondage implique la sumisión de una de las partes, la sumisión no tiene por qué implicar bondage. Es algo más profundo, es establecer la posición de cada uno de los miembros de la relación y seguirlos hasta unos límites establecidos por ambos. Normalmente se establecen un ámbito en el que ejercer estos roles, hay gente que sólo los aplica en "juegos de cama" y fuera del dormitorio hacen vida normal, pero esto no es suficiente para la gente del Club —Lorena escuchaba estupefacta las palabras de la joven, aun cuando su cabeza centraba su atención continuamente en el contacto de su mano —. El nivel de dominación y sumisión que se practica allí es total, en cualquier momento y en cualquier lugar, lo que se conoce comúnmente como 24/7.

—¿24/7?

—24 horas al día, 7 días a la semana. Básicamente ser un esclavo sexual a tiempo completo.

Lorena soltó un gritito, alarmada, que intentó ahogar con su mano. Así rompió el contacto con la mano de Talía, cosa de la que se arrepintió en seguida. ¿Por qué la turbaba tanto el contacto de la joven?

—¿Esclavos sexuales? ¿Cómo puede la gente...? —No acabó su frase, su cabeza estaba intentando asimilar la información que estaba recibiendo.

—Puede. Y te aseguro que lo disfrutan —Lorena la miró, incrédula —Cada persona es un mundo y cada uno tiene su fetiche. Hay gente que suspira por dejarse llevar, por ponerse en control de otro alguien, de su amo o de su ama, no volver a preocuparse de tomar ninguna decisión más en su vida, sólo preocuparse de dar y recibir placer, de obedecer, de no replicar.

Lorena respiraba de forma intermitente, acelerada, cambió de posición, adoptando una que hacía que sus muslos estuviesen más pegados para intentar mitigar el ardor que poco a poco crecía en su entrepierna, ¿Qué me está pasando? —Se preguntaba a sí misma.

—¿Nunca has tenido el deseo de dejarte llevar? —Le preguntó Talía.

Lorena enrojeció aún más. Hacía muchos años de la muerte de su marido y desde entonces su vida sexual era nula, pero recordaba cómo había noches en las que ella se dejaba llevar por él, que le gustaba que fuese algo más rudo, que tomase el control. Se decía que lo hacía porque a él le ponía cachondo, pero lo cierto es que disfrutaba de esos juegos. Pero nunca habría llegado a lo que le estaba contando esa joven, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que existiesen esclavos en nuestros tiempos.

—¿No te crees aun lo que te estoy contando? —Preguntó Talía, al verla dubitativa.

—¡No! ¡No es eso! —Replicó, azorada.

—Creo que será mejor que lo veas con tus propios ojos...

—¿Verlo? —Lorena observó como la joven se agachaba para alcanzar el porta documentos que traía. Sus ojos se desviaron sin poder evitarlo sobre el discreto escote de la joven, que en esa posición dejaba entrever un bonito sujetador blanco con encaje negro. Talía sacó unos documentos y se los dio. Eran fotos. Montones de fotos.

Lorena cogió las fotos y comenzó a verlas una a una, lentamente. Su boca se abría un poco más a cada foto que pasaba y cada vez estaba más sofocada.

En las primeras fotos se veía el local por dentro, un sitio amplio y oscuro, en el que había múltiples zonas privadas para que sus socios tuvieran más intimidad. Había multitud de gente en el lugar, y, aunque todos tenían las caras desenfocadas, se podía distinguir perfectamente cuáles eran los amos y cuáles los esclavos...

Los amos y las amas, iban perfectamente vestidos, ellos trajeados y ellas

con elegantes vestidos. Se veía como charlaban animadamente entre ellos, tomaban unas copas y se divertían. En cambio, los esclavos y las esclavas estaban completamente desnudos. Algunos llevaban algún tipo de vestimenta, pero era tan obscena y reveladora que no hacía mucha diferencia, a lo mejor unas tiras de cuero que levantaban las tetas y el culo de una esclava, algún corsé, algún uniforme de asistenta, de colegiala o algo similar, pero tan distorsionados por la perversión que cualquier parecido con uno real era mera coincidencia.

Siguió pasando las fotos y cada vez mostraban un poco más de aquel oscuro mundo. Había camareras, todas vestidas tan solo con un minúsculo delantal que sólo cubría su pubis, unos zapatos de tacón negros y una mordaza roja que las impedía hablar. Los socios las manoseaban a placer y ellas no parecían rechistar.

La mayoría de los esclavos masculinos, llevaban un aparatito de hierro alrededor de su pene.

—Es un dispositivo de castidad. —Susurró Talía muy cerca de su oído. Lorena se sobresaltó, estaba tan ensimismada que no la había sentido acercarse. —Perdona, no te quería asustar, he visto tu curiosidad y creí que querrías saber lo que era.

—G—gracias... —Lorena habló con un hilo de voz debido a la excitación que sentía.

Perdió unos segundos mirando a la joven, tan cerca... Podía casi saborear su aroma, si se acercaba un poco más incluso podría... ¿Pero ¿qué estás haciendo? —Se reprobó a si misma —¿Por qué me siento así de...? La palabra cachonda voló por su mente y eso hizo que se sonrojara más aún si es que era posible. Volvió la cabeza rápidamente y siguió mirando las fotos.

Todos los esclavos llevaban un collar de cuero argollado al cuello, algunos sólo llevaban el collar, otros llevaban unido a él una cadena que colgaba de ellos o que era sujeta por sus amos. Las fotos comenzaron a subir de tono y se podía ver alguna esclava practicando una mamada en medio de la sala, mientras su amo charlaba despreocupado del trabajo que le estaban haciendo. Pudo ver un esclavo arrodillado lamiendo los zapatos de una mujer. Del culo del hombre sobresalía un consolador enorme.

Una esclava llamó la atención de Lorena. Llevaba unas botas altas, hasta medio muslo, ajustadas, parecían de látex. Eran tan altas que el pie estaba casi en posición vertical y se apoyaba con la puntera. Llevaba los brazos

sujetos a la espalda por una especie de funda, también de látex. Unas cinchas de cuero estaban atadas alrededor de su torso, su culo y sus pechos. Llevaba una mordaza negra, pero no era una bola como la de las camareras, esta era una barra, más parecida al bocado de un caballo, y sobre la cabeza pendía un penacho de colores.

—¿Qué es esto? —Preguntó a Talía.

—Una pony girl.

—¿Pony girl?

—Exacto. Se las entrena como se haría con un caballo y, aparte de cualquier uso sexual, se las usa como si fueran animales de tiro, en carreras con otras pony girl...

La cabeza de Lorena no podía entender como alguien podía disfrutar con eso, pero...

Foto a foto las escenas de sexo aumentaban. En una de ella una esclava estaba sujeta en un cepo por el cuello y las manos, mientras otro esclavo la penetraba desde atrás, ante el regocijo de los asistentes. En otra la cara de un esclavo servía de asiento a su ama mientras comía algo.

No quería seguir viendo las fotos, pero no podía evitarlo. Una esclava era azotada sobre un pequeño escenario. Otras dos bailaban sensualmente delante de todo el mundo, la siguiente foto las mostraba practicando un 69, y la siguiente rodeadas de varios penes que chupaban animadamente.

—Creo que ya te haces una idea. —Apuntó Talía, poniendo una mano sobre el resto de las fotos y quitándoselas.

—Sí... sí, creo que me hago una idea... —¿De verdad había entrado Lucía por su propia voluntad en un lugar así? ¿Por qué motivo? Desde el fondo de su cerebro le llegó un soplo, un pensamiento tan fugaz y efímero que podría jurar no haberlo tenido, pero la realidad es que lo tuvo. Sintió una oleada de placer, una explosión, un fuerte gemido en su cabeza mientras se veía a si misma dejándose llevar al placer, preocupándose sólo de obedecer, sin nada más en su mente. Ese pensamiento se fue tan rápido como vino, pero se quedó en su conciencia como un dejavú, como ese sueño que quieres recordar al despertar, pero te resulta imposible. —Y después de todo lo que me has contado... ¿Cómo puedes ayudarme a buscar a Lucía?

—Antes de nada, quiero que entiendas lo delicado de la situación en la que nos encontramos. En la que te encuentras —Matizó—. Tu hija ha sido invitada al club por una de sus socias, y ella ha elegido entrar por propia

voluntad. Puedo ayudarte a que te encuentres con tu hija, pero no te aseguro que ella quiera volver a casa.

Lorena lo meditó, ¿Cómo no iba a querer volver? No le cabía en la cabeza. Seguro que si hablaba con ella...

—Pero ¿Cómo me vas a ayudar? Seguimos con el problema del principio, no tengo ningún pase.

—Pero lo tendrás si quieres. Yo soy socia del Club.

Lorena se puso pálida ¿Esta agradable joven era socia de ese club? ¿Era ama?

—¿Qué estás dispuesta a hacer para recuperar a tu hija?

—Lo que sea. —Sentenció Lorena sin dudar.

—Eres consciente de lo que te estoy proponiendo, ¿verdad? De lo que implica lo que quieres hacer —Lorena asintió con la cabeza, dispuesta a hacer cualquier cosa por recuperar a su hija —. Aunque no sea una relación de dominación real tu entrarás a aquel lugar como mi esclava, y tendrás que comportar como tal —Esclava... esa palabra se clavó en la mente de Lorena, pero contrariamente a lo que esperaba le produjo una abrumadora excitación. Talía se acercó a Lorena, ésta podía sentir su aliento mientras hablaba —. No podremos permitir que nadie descubra nuestro engaño, ¿Verdad? Si no, todo se iría al traste —La joven susurraba al oído de la mujer, que notaba como el bello de su nuca se erizaba. Entonces Talía posó una mano suavemente en el muslo de Lorena, lo que hizo que se pusiese rígida, expectante —¿Crees que serás capaz de actuar con naturalidad en una situación así? —Lorena asintió y miro a la joven a la cara. Sus rostros estaban a escasos centímetros. —¿Serás capaz de hacer todo lo que te ordene —la mano de Talía ascendía lenta pero constante por el muslo de Lorena, se detuvo en la cara interior, en un lugar que nadie a parte de su marido había posado su mano —como una buena esclava?

—Sí... —Balbuceó Lorena

—¿Sí, ¿qué?

—Sí, me comportaré como una buena... —la palabra resonó en su mente antes de acudir a sus labios, las fotos que había estado viendo acudían a su cabeza como en un bombardeo —esclava.

Entonces Talía besó sus labios, al principio con suavidad, y poco a poco, al notar que Lorena se mostraba receptiva, con más intensidad. Lorena recibió ese beso como si fuese el momento más esperado de su vida, incluso

la desaparición de su hija desapareció de sus pensamientos, aunque más tarde se diría que no, que todo lo que había sucedido era por meterse en el papel...

Las dos mujeres se besaban con pasión, Talía se abalanzó sobre el cuerpo de Lorena, quedando ambas tendidas en el sofá. La mano de la joven comenzó a acariciar la entrepierna de la mujer por encima del pantalón que llevaba, haciendo que Lorena comenzase a mover inconscientemente su pelvis adelante y atrás, intentando acelerar el movimiento de la mano. Lorena suspiraba, al principio débilmente, pero pronto se convirtieron en gemidos. Bebía con ansia de la boca de Talía y se dejaba llevar por el placer que la embargaba. Estaba al borde del orgasmo y Talía ni siquiera había metido la mano dentro de su ropa, ¿Cómo podía sentirse tan excitada?

—Ser una esclava no consiste en dejarse llevar por el placer —le susurraba la joven—, ser una esclava significa anteponer el placer de tu ama al tuyo propio.

Entonces Talía se apartó de ella, dejándola al borde del clímax, se puso de pie y se levantó el vestido. La chica llevaba un tanga blanco con encaje negro, que hacía juego con el sujetador que pudo vislumbrar Lorena hacía tan sólo minutos antes. Hábilmente se lo quitó en un sensual movimiento y se lo arrojó a Lorena a la cara. A continuación, se sentó en el sofá y separó las piernas.

Lorena se quedó inmóvil, con el tanga de Talía sobre su cara, cachonda como hacía mucho tiempo que no estaba —aunque dudaba que alguna vez hubiese llegado a tal grado de excitación —, aspiró el aroma de la joven y, contrariamente a lo que pudo pensar en un principio, no le desagradaba. Era un olor dulzón, erótico y suave. Aspiró nuevamente y se apartó la prenda de la cara, aunque no la soltó, la mantuvo en su mano derecha todo el tiempo.

Sabía lo que Talía quería que hiciese, no era tonta y, no en vano, una hacía el papel de ama y otra de esclava. Estaba en un estado de ansiedad, notaba como su coño palpitaba de placer mientras se levantaba y avanzaba hacia la joven.

—Me gusta que mis esclavas estén desnudas. —Dijo cortante la chica.

Lorena no necesitó nada más. Se quitó lentamente el suéter que llevaba y se deshizo de los zapatos y los pantalones. Se quedó únicamente con un sencillo sujetador rosa y unas bragas de algodón blancas.

—Completamente desnudas. —Apostilló Talía.

La madura mujer se sonrojó, hacía mucho tiempo que no estaba completamente desnuda delante de nadie, pero lo hizo sin rechistar. Echó a un lado su ropa interior mientras bajaba la mirada, aun después de lo que había hecho y lo que tenía pensado hacer, no podía evitar sentirse avergonzada. Talía observó el vello que cubría el sexo de Lorena, pero ni dijo nada ni hizo ningún gesto más allá de separar ligeramente sus piernas, dándole a entender a la mujer que ya podía proceder.

Y allá que fue. Se arrodilló ante aquella belleza de ébano y acercó su cara lentamente al sexo de la joven. Una pequeña tira de pelo perfectamente cuidado asomaba en el monte de venus, más allá de eso no vio un sólo pelo, pensó en su entrepierna y en el tiempo que hacía que no se la cuidaba, ¿Para qué? Se dijo, si hace tanto que nadie la visita. Pudo apreciar el embriagador aroma de primera mano antes de acercar tímidamente la lengua, podía notar como su corazón latía a mil por hora. Cuando su lengua hizo contacto se estremeció, la pasó por sus labios y de nuevo la acercó al coño que tenía delante.

Nunca había hecho nada parecido, simplemente hizo lo que pensaba que a ella le habría gustado que le hicieran. Comenzó lamiendo ligeramente, sin hacer presión, de arriba a abajo, pasando su lengua ligeramente por los labios vaginales, respiraba sobre el coño tal como a ella le gustaba sentir allí el aliento caliente.

Después comenzó a aumentar la presión, jugaba lentamente con el clítoris, sólo con la puntita de la lengua, recordando lo que le hacía su marido. Alternaba profundos lametones que recorrían el coño de Talía con rápidos y ligeros movimientos sobre su sexo. Y parecía que no lo hacía mal. No tardó la joven en comenzar a gemir y a mover la cadera acompasadamente a la boca de Lorena. La mujer se envalentonó, cada vez lo hacía más rápido, se guiaba por los jadeos de la muchacha, que parecía estar disfrutando. Se abandonó a la lujuria. En su cabeza ya no había reparos, no existía siquiera su hija, no había nada más que lo que estaba ocurriendo en aquella sala. Llevó su mano a su propio coño y comenzó a masturbarse, aún con las bragas de Talía agarradas. Movía su culo al ritmo de su mano, su mano al ritmo de su lengua, y todo ello al ritmo de la respiración agitada de Talía. Comenzó a jadear, los jadeos se convirtieron en gemidos y estos en pequeños gritos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Talía le tiró del pelo separándola de su coño. Tenía la cara llena de los jugos de la chica.

—¡Ahhh! ¿Qué...?

—¿Quién te ha dado permiso a masturbarte? Tienes mucho que aprender para ser una buena esclava. La primera lección es que tu placer no te pertenece a ti, si no a tu ama. —La mirada de Talía era completamente seria, tanto que Lorena se sintió acobardada.

—Lo siento, yo...

—Me da igual que lo sientas. La segunda lección es que cuando una esclava no obedece, se la castiga.

Los ojos de Lorena se abrieron de par en par, Talía se levantó y acudió a su porta documentos, de donde sacó unas tiras de cuero con las que, ante las quejas de la mujer, le ató las manos a la espalda.

Lorena protestó, pero en el fondo pensaba que había fallado y que realmente se merecía ser castigada, aun así, tenía miedo de en qué consistiría el castigo.

Talía la arrastró del pelo hasta la parte de atrás del sofá, donde la obligó a inclinarse sin doblar las rodillas, y con las piernas ligeramente separadas. En esa postura el culo de Lorena estaba completamente expuesto ante Talía, y sus tetas se bamboleaban sobre el sofá. Talía se deshizo del vestido, quedándose tan sólo con el sujetador.

—Al ser la primera vez sólo serán 15 azotes, pero vuelve a equivocarte y serán más.

La mano de Talía acariciaba las nalgas expuestas de Lorena, cosa que hacía que la mujer temiera aún más el momento del golpe.

¡PLAF!

El azote vino sin avisar, fuerte y seco, sobre la nalga derecha. Lorena gritó de dolor y sorpresa, todavía no podía creerse que se estuviese siendo azotada en su propio salón por una joven que acababa de conocer hacía no más de dos horas.

—Yo no voy a llevar la cuenta de los azotes que te doy —¡PLAF! Esta vez fue a la nalga izquierda —Así que más te vale llevar la cuenta en voz alta. —¡PLAF!

—¡Ah! —Gritaba Lorena con cada azote —¡Tres! —Gritó.

—¿Tres? No he escuchado el uno ni el dos.

¡PLAF!

—¡Uno! —Lorena lo entendió rápido —¡Dos! ¡Tres! —Iba enumerando cada azote tal y como le habían ordenado. —¡Quince! —Finalizó agotada.

Tenía las nalgas rojas y estaba jadeando agotada sobre el sofá, pero cuando Talía acarició su coño no pudo reprimir un gemido de placer.

—Parece que el castigo te ha gustado más de lo que creías, ¿Eh? —La joven volvió a levantar a la mujer tirándola del pelo y la hizo arrodillarse en el suelo, aún con las manos atadas. Entonces fue la joven ama la que se reclinó sobre el sofá, separó las piernas y se separó las nalgas, dejando a la vista su coño y su ojete ante Lorena. —Segunda oportunidad. Espero que ahora lo hagas correctamente.

Lorena se acercó de rodillas al culo de Talía y comenzó a comerle el coño de nuevo. En esta posición su nariz y sus ojos quedaban justo delante del ojete de la chica, incluso la punta de su nariz amagaba con penetrar el rosado agujero de la joven.

Nuevamente Talía comenzó a gemir y a mover las caderas, presionaba la cara de Lorena con su culo, en ocasiones casi se podría decir que se sentaba sobre su cara. Aun así, esta vez Lorena no se distrajo, no detuvo en su tarea, aunque podía notar como su coño chorreaba sobre el suelo de su salón. Su lengua se movía de un lado a otro, incansable, disfrutando incluso al ver que esta vez lo estaba haciendo bien, y tan bien lo estaba haciendo que Talía la agarró del pelo, pero esta vez para pegar su cara a su coño. Lorena tenía dificultades para respirar, pero aun así no cejó en su tarea, y segundos después Talía se corría entre sonoros gritos y jadeos. Soltó el pelo de la mujer, pero no se apartó de su cara, movía las caderas de forma lenta y sinuosa, y Lorena sabedora de que estaba disfrutando de su orgasmo, no paro de lamer, aunque esta vez de forma lenta y suave, no quería interrumpir el momento de disfrute de la joven.

Unos minutos después, lentamente, Talía se apartó, se dio la vuelta y se arrodilló ante Lorena, dándole un profundo beso con lengua, probando sus propios jugos de la boca de la mujer.

—Lo has hecho bien, Lorena —Le dijo mirándola a los ojos—. ¿Alguna vez habías estado con una mujer? —Lorena negó con la cabeza, Talía sonrió—. Tienes futuro entonces, si te comportas como hoy nadie dentro del Club se dará cuenta de nuestra farsa.

Se puso detrás de Lorena y le desató las manos, acto seguido acarició lentamente las nalgas enrojecidas de la mujer. Ésta dio un respingo al notar el

contacto, tenía la zona dolorida.

—Incluso has aguantado bien tu primer castigo —apostilló la joven —, aunque hay algunas cosas que tenemos que arreglar antes de tu ingreso en el Pomumvetitum...

—¿Qué cosas? —Preguntó Lorena, frotándose las muñecas. La mujer seguía cachonda, y esperaba que en algún momento le llegase el turno a ella.

—Tienes que arreglarte el matojo de pelos que tienes en el coño —Lorena enrojeció y bajó la mirada, tanto por la manera que tuvo de decírselo (la expresión "matojo de pelos" estuvo resonando en su cabeza varios días), como por la vergüenza que le producía el que Talía se hubiese fijado tanto en eso —. Toma —La joven le tendió una tarjeta —. Diles que vas de mi parte, yo cubriré los gastos.

Talía se levantó y comenzó a vestirse, una decepción cruzó el rostro de Lorena, que no pudo evitar preguntar.

—Talía... Yo... ¿No vas a...? —La cara se le encendió aún más, ¿Cómo iba a preguntarle si no iba a hacer que se corriese?

—¿No voy a qué? —Preguntó la joven, aunque sabía perfectamente a qué se refería, había vivido esa situación muchas veces. Y le encantaba.

—Yo... Estoy... —Lorena masticaba cada palabra que salía de su boca, estaba asombrada de que le costaba más acabar esa frase de lo que le había costado comerse por primera vez un coño —¿No vas a hacerme acabar a mí? —Ya está, ya lo había dicho, había intentado decirlo de la manera más suave que pudo. Y fue una liberación, al fin pudo levantar la vista de nuevo y miró a la cara de la joven. La situación tenía un simbolismo que atacó directamente a la libido de la mujer, Talía vestida, de pie frente a ella, y ella desnuda completamente, arrodillada ante la joven, pidiéndole... pidiéndole...

—¡Aaah! ¿Te referías a eso? —Talía le tendió la mano para ayudarla a levantarse, quedaron frente a frente y, sin mediar palabra, la joven llevó su mano al coño de Lorena e introdujo un par de dedos. Lorena dejó escapar un gemido y cerró los ojos, llevaba mucho tiempo esperando ese momento. —Vaya... Estás chorreando... —Susurraba Talía —En verdad te ha gustado comerme el coño, ¿Eh? —Lorena asintió, con los ojos aún cerrados, centrándose en aquella mano que la estaba llevando al éxtasis —Dímelo. Quiero oírtelo decir —Talía sacó los dedos del sexo de la mujer, pero mantuvo la mano sobre su coño.

—No pares... —Susurró Lorena, contrariada, moviendo las caderas,

buscando la mano de Talía. Abrió los ojos y vio como la joven la miraba fijamente. Entonces entendió por qué había parado. —Me ha gustado... me ha gustado comerte el coño —Dijo. Talía acarició el sexo de Lorena arrancándole un gemido, la mujer se mordió el labio inferior.

—Dime que te ha gustado obedecer, que te ha gustado ser mi perra.

—Me ha gustado obedecer —Lorena lo dijo rápido, sin pensar, buscando complacer a Talía y que esta siguiese masturbándola. —. Me ha gustado ser tu... perraaaa —Al decir esa última palabra Talía volvió a meter dos dedos de golpe, masturbó a la mujer unos segundos y los volvió a sacar. Las piernas de Lorena temblaban.

—Dime que te has merecido el castigo, que has sido una mala esclava.

—Me he merecido el castigo, me he portado mal. He sido una mala esclava.

Talía seguía con su juego, masturbaba levemente a su esclava al oír las respuestas que quería oír y luego paraba, llevándola a un estado mental insoportable para la mujer.

—A partir de ahora, vas a obedecer cada orden que te dé, vas a ser una buena esclava y te vas a comportar como es debido.

—¡SÍ! A partir de ahora te voy a obedecer... Me voy a comportar...

—Porque tú eres una perra, una esclava que sólo existes para cumplir la voluntad de tu ama.

Lorena casi no podía hablar, estaba llegando al clímax y en ese momento vendería su alma a aquella mujer si hacía falta para conseguirlo.

—¡SÍ! Soy una perra, soy tu esclava, tu eres... ¡eres mi ama! ¡Sólo existo para cumplir la voluntad de mi ama! —Estaba a punto de correrse, las piernas le temblaban, su corazón se agitaba desbocado al mismo ritmo que su respiración, tuvo que apoyarse sobre el sofá para no caer al suelo... Y entonces nuevamente Talía paró. —Yo... yo... —Lorena no sabía qué más quería oír la joven —¡Soy tu esclava! ¡Eres mi ama, mi dueña! —repetía, suplicante —¡Por favor! ¡No pares! ¡Quiero correrme!

Talía llevó sus dedos a la boca de Lorena, que chupó sin rechistar. Nunca había probado sus propios flujos, pero ni siquiera dudó a la hora de hacerlo. Chupó, lamió y limpio los dedos que le ofrecía Talía como si fuese el manjar más sabroso del mundo.

—Me complace oírte decir eso, esclava, pero antes de que te lleve al Club tienes que aprender una importante lección. —Lorena miraba suplicante,

Talía le cogió la cara por debajo de la barbilla y la acercó a la suya —. Tu placer ya no te pertenece... Sólo yo decido cuando tienes permiso para correrte, y ahora no lo tienes.

Lorena se quedó pálida.

—¿Qué...? ¡No! ¡Por favor!

Cayó de rodillas nuevamente ante la joven, sollozó unos instantes mientras suplicaba y luego quedó en silencio, derrotada y alicaída.

Talía recogió su porta documentos y, mientras salía del comedor se dio la vuelta y dijo:

—Llama al número de la tarjeta que te he dado, diles que vas de mi parte y ellos sabrán lo que hacer. Una vez acabes allí, tendrás tu pase para poder acceder al Club.

Sin decir ni una palabra más, sin siquiera despedirse, salió de la habitación y de la casa, dejando allí a Lorena, sola, desnuda y terriblemente cachonda.

Mientras se iba, Talía sabía perfectamente que aquella mujer ya estaba en su poder.

Lorena, por su parte, vio salir a Talía del salón y segundos después escuchó la puerta de la calle. Y allí, de rodillas y desnuda como estaba, comenzó a masturbarse frenéticamente, con las imágenes y sensaciones que había vivido en esas pocas horas volando por su cabeza. Nunca había estado tan cachonda, nunca se había dejado llevar de aquella manera por sus más bajos instintos. No tardó en ser abordada por un orgasmo tan potente que se quedó tendida allí, en el suelo, durante varios minutos mientras se recuperaba.

No fue la única vez que se masturbó aquella noche, pues ya en su cama, los recuerdos de la conversación con Talía, y los sueños húmedos que la asaltaban cada vez que conseguía dormirse hacían que sus manos volviesen a buscar su coño una y otra vez.

¿Éste es el placer que estabas buscando, Lucía?

Fue el pensamiento recurrente que acudía a su mente cada vez que alcanzó el orgasmo esa noche. Finalmente, el agotamiento pudo con ella y durmió profundamente hasta el mediodía.

Los días siguientes a la visita de Talía fueron una montaña rusa de emociones por parte de Lorena. Cada vez que recordaba aquella tarde su mente pasaba de la vergüenza, el pudor y el arrepentimiento, pero al final siempre se sobreponía el deseo y la excitación. ¿Cómo había podido dejarse llevar de aquella manera?

Estuvo un par de días dudando si debía seguir adelante con aquello, contemplando una y otra vez la tarjeta que le dio la chica, pero al final acabó llamando y concertando una cita para el día siguiente. Los nervios la atenazaban cuando aparcó frente a lo que era una discreta clínica estética, y en alrededor de dos horas después, salía de allí con su coño y su culo sin un sólo pelo. Notaba una sensación extraña en la zona, pues hacía ya mucho tiempo que la tenía descuidada, pero no tardó en acostumbrarse. Como Talía le había dicho, no tuvo que pagar nada.

Esa misma tarde se sorprendió a sí misma observándose frente al espejo, desnuda. Fijó su vista en su coño, completamente pelón. Cuando vivía su marido se lo depilaba, pero siempre se dejaba una pequeña tira de pelo. Lo que sí que no se había depilado nunca era el ano, no consideraba que tuviese tanto vello en la zona, pero al parecer en la clínica pensaban de otra manera. Se observó desde varios ángulos, y un escalofrío recorrió su espalda al pensar en la reacción de Talía cuando la viera.

A lo largo del día, se sorprendía a sí misma pensando en Talía, tanto recordando su encuentro como imaginándose como sería la siguiente vez que la viera... Eso sucedería ya dentro del Club, momento en el cual la joven sería su ama y ella no sería más que una... una esclava, Talía le había advertido que se tendría que comportar, pero ¿hasta dónde estaría dispuesta a llegar?

Una mezcla de curiosidad y miedo a lo desconocido hacían que buceara por internet intentando conocer lo que le esperaba. Multitud de términos más o menos desconocidos aparecían en la pantalla de su ordenador: dominación, esclavitud, amos, BDSM, Pony Girl y más cosas que le había mostrado Talía. Comenzó a ver videos, a consultar foros temáticos... Y quedó realmente

sorprendida de la gente que voluntariamente se ofrecía a tales cosas, los foros estaban llenos de esclavos/as buscando amo/as, ¿Tan satisfactorio era? No podía entender como la gente se prestaba a eso... Entonces a su mente acudía la imagen de ella misma inclinada sobre el sofá, mientras contaba los azotes que le propinaba una perfecta desconocida y se ponía roja de vergüenza y de excitación.

Por descontado también buscó el PomumVetitum, pero no encontró absolutamente nada, simplemente alguna foto de la fachada y poco más.

Al día siguiente de su visita a la clínica encontró un sobre en su buzón. Se quedó paralizada al ver que era el mismo tipo de sobre que había encontrado en la habitación de su hija. El contenido era prácticamente el mismo, un folleto en el que indicaba que habría una fiesta el viernes día 3, una nota y una pequeña carta de naipes. El naipe tenía el reverso negro, y en el anverso aparecía la Reina de Corazones... pero una Reina de Corazones atípica, deformada por la perversión. En vez del típico traje victoriano, esta "Reina" estaba desnuda, atada y amordazada. De sus pezones colgaban dos pequeños anillos unidos por una cadena dorada y en su mirada se reflejaba el placer que estaba sintiendo. Lorena se quedó mirando la carta embelesada, ¿Ese era el pase que tanto había esperado? ¿En el sobre que recibió Lucía habría otra carta igual? Sabía que la respuesta a las dos preguntas era sí, pero eso no hacía más que aumentar su nerviosismo...

Tenía en sus manos el punto de inflexión definitivo. Si aparecía el viernes en el PomumVetitum llevando aquél naipe, tendría acceso libre al local, donde quizás podría encontrar a su hija. Pero a cambio... A cambio no sabía la perversidad de las cosas que se vería obligada a hacer (¿Obligada? —Le espetaba su propia mente —¡Ja!), recordaba las fotografías... cómo los esclavos estaban sometidos a los amos...

Cogió la nota y la leyó. Era breve y concisa, pero no dejaba lugar a dudas de lo que Talía esperaba de ella:

Me juego mi reputación haciéndote este favor, espero que no me decepciones.

Talía.

Los días volaron del calendario en un pestañeo y de repente era mediodía del viernes en la vida de Lorena. Las manos le sudaban, estaba algo pálida, pero... no podía negar que estaba algo excitada. Realmente tenía ganas de ver a Talía, de asomarse a ese mundo misterioso y oculto... No tenía claro si

deseaba encontrar allí a su hija por fin, o en cambio prefería que no estuviese, que su hija no hubiese pisado jamás ese Club, sabía que eso significaría que nuevamente no tendría nada, y que habría hecho todo eso en balde, pero...

Estuvo horas ante el armario, decidiendo qué ropa debía ponerse. Recordaba como en las fotos la mayoría de las esclavas iban desnudas, pero si podía evitarlo... Intentó buscar algo que resultase lo suficientemente sexy pero que no dejase demasiada carne al aire. Fue muy difícil. Hacía años que no compraba ese tipo de ropa, pero aún tenía un par de conjuntos de cuando su marido aún vivía. Le quedaban un poco justos (aunque se mantenía en buena forma, había cogido un par de kilitos), pero servirían. Se puso un conjunto de sujetador longline que llegaba hasta el abdomen y culotte de encaje negro, y encima se puso un vestido también negro, ajustado y con bastante escote. Suponía que el vestido se lo tendría que quitar, pero con ese conjunto no se sentía tan expuesta como con otros.

Se maquilló, se perfumó, se cubrió con un abrigo largo y bajó al coche. Aparcó en el mismo lugar que la otra vez, y no le pasó desapercibido que había más coches diseminados por la zona. Mientras caminaba hacia aquella puerta negra las piernas le temblaban, aunque no sería capaz de decir si el causante era el miedo o la excitación.

Llamó a la puerta igual que la vez anterior. Esperó, temblando, con la perversa Reina de Corazones sujeta entre sus dedos. Le daba la impresión de que la carta la miraba, la juzgaba.

—Tú no eres distinta de mí. —Le decía.

Sacudió la cabeza para apartar esas ideas de su mente mientras un ruido metálico indicaba que la rendija de la puerta se estaba abriendo. Los mismos ojos aparecieron tras la rendija, la misma música apagada sonaba desde dentro del local.

—¿En qué puedo ayudarla? —Preguntó la voz, igual que la vez anterior.

—H—hola... —Lorena balbuceaba—. Tengo... tengo un... —No acabó la frase, simplemente alzó el naipe para que aquellos ojos lo vieran.

La rendija se cerró con su fuerte ruido metálico y los ojos desaparecieron.

—¡No! —Gritó Lorena —¡Tengo el pase! ¡Tengo el maldito pa...!

La puerta se abrió y Lorena se quedó muda de golpe. Ante ella apareció un enorme hombre vestido con un traje negro.

—Pase por favor —le dijo—. No hace falta que grite, ya he visto que

tiene el pase —Lorena avanzó un par de pasos, disculpándose en voz baja y mirando al suelo. La puerta se cerró tras ella y todo se quedó a oscuras, la única luz era una pequeña lámpara que descansaba en una mesita pegada a la pared. Al lado de la lámpara había un cenicero con un cigarro a la mitad, una revista y un pequeño aparato similar a un TPV, y al lado de la mesita una silla, el portero debía pasar el tiempo descansando allí mientras esperaba a que llegasen las visitas —. ¿Es su primera vez aquí? —Preguntó, aunque a Lorena le pareció que más que preguntar estaba afirmando.

—Sí —Respondió, lacónicamente.

El portero extendió la mano y Lorena entendió que quería el pase, así que se lo dio. El hombre deslizó el pase por el TPV, que pitó con una lucecita verde y mostró algo por la pantalla.

—Siga de frente por el pasillo, no se preocupe, más adelante hay luces —Dijo, mientras señalaba un oscuro pasillo hacia la derecha —. Su camerino es el 157.

—De acuerdo, m—muchas gracias.

Lorena se alejó lentamente, echando la vista atrás mientras andaba. Se sintió un poco vacía cuando el portero se quedó con el pase que tanto le había costado conseguir. En unos pocos metros la luz de la mesita ya no le alumbraba, pero veía como unos metros delante había una pequeña luz en la pared, se acercó y pudo comprobar que la luz estaba sobre una puerta bajo el número 1. Unos metros más adelante estaba la número 2. ¿El camerino 157? Ese sitio debía ser enorme...

Siguió andando unos minutos, con la mano sobre la pared para guiarse, puesto que las luces de las puertas no alumbraban mucho. 101, 102, 103... los números desfilaban lentamente ante sus ojos.

157.

Aquí era. Una puerta de madera oscura exactamente igual a las otras 156 se encontraba ante ella, respiró hondo y giró el picaporte. Una habitación pequeña aparecía ante ella, iluminada con una lámpara en el techo que titilaba ligeramente, parecía un vestuario, en una pared había un armario y en la de enfrente al armario un banco de madera. En la pared frente a ella había otra puerta con un timbre en un lateral. Una pequeña cajita descansaba sobre el banco, se acercó y la abrió, dentro había una nota, un collar negro de cuero con una argolla y una cadena. Recordó como en las fotos las esclavas llevaban esos collares como si fuesen perras y se estremeció al pensar que

tendría que llevarlo ella. Leyó la nota.

Deja toda tu ropa en el armario y ponte lo que hay en la caja. Después pulsa el botón que hay al lado de la puerta y espera.

Talía.

Lentamente dejó la nota donde estaba mientras su mente pugnaba por seguir o abandonar, aunque era una lucha sin sentido, porque cuando se quiso dar cuenta estaba colgando el abrigo en el armario. Lentamente se deshizo del vestido y lo puso junto al abrigo y en un hueco destinado a ellos, dejó los zapatos.

Volvió hacia la caja, cogió el collar y se lo ajustó al cuello. Le sorprendió el suave tacto que tenía, así como lo cálido que era, esperaba notar el frío cuero en su cuello, pero tenía un pequeño forro por dentro. A continuación, agarró la cadena, cerró los ojos unos segundos y después la enganchó al collar. La cadena sí que estaba fría, le rozaba los pechos y el abdomen, y hacía que se encogiese ligeramente cuando eso sucedía.

Dio un par de pasos y se situó ante el timbre. Podía oír el latido de su corazón en sus oídos, sentirlo en sus venas. Notaba la cara y las orejas ardiendo de rubor, y una conocida picazón entre las piernas. Maldijo a su cuerpo, que parecía que iba por libre y reaccionaba a la situación que estaba viviendo de forma que escapaba a su control. Respiró una vez, dos veces.

—Hazlo por Lucía. —Se dijo en voz alta.

Y pulsó el timbre. Un pequeño CLIN casi imperceptible se oyó al otro lado de la puerta, espero unos segundos, y escuchó unos tacones que se acercaban, se puso tensa e impaciente, esperando ver a Talía. Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando al abrirse a la puerta no fue ella la que apareció.

—¡Ah! —Exclamó Lorena, tapándose ligeramente con los brazos.

La mujer que había al otro lado de la puerta era una chica joven, caucásica, con el pelo largo, liso y rubio en una coleta alta. Llevaba un maquillaje sobrio y sensual, en el que lo que más destacaba eran sus labios pintados de rojo. Sus ojos verdes miraban a Lorena de arriba a abajo de tal manera que ésta se sentía traspasada por ellos.

La vestimenta de la chica imponía, parecía una jockey, con los pantalones ajustados color carne, una blusa blanca abotonada y unas botas de tacón de cuero negro por encima de la rodilla. En una mano llevaba una carpeta, y en la otra una... ¿Fusta? Lorena dudó, pero al fijarse no había lugar a hacerlo,

llevaba una fusta en la mano. No pudo evitar acordarse de las Pony Girl que vio en las fotos y se imaginó a la joven usando la fusta en alguna de ellas.

La chica sonreía.

—No hace falta que te tapes, perra —comentó mientras tocaba ligeramente los brazos de Lorena con la fusta, indicándole que los apartara. Volvió a mirar de arriba a abajo a la mujer, que no pudo evitar sentirse como ganado ante aquella imponente joven —. Por lo que veo es tu primera vez aquí... —la sonrisa se acentuó en aquellos rojos labios, lo que uniéndose a la manera de mirar que tenía, incomodó sobremanera a Lorena —Todavía tienes muchas cosas que aprender.

Entonces sujetó la fusta con la misma mano que la carpeta y con la mano libre cogió el extremo de la cadena de Lorena.

—Sígueme. —Ordenó, con un tono suave pero firme, mientras daba un pequeño tirón de la correa.

Lorena no pudo más que caminar sumisamente tras aquella joven.

—¿Dónde vamos? —Preguntó, pero sólo obtuvo silencio por respuesta.

Mientras caminaba se dio cuenta de que la música que antes se oía apagada cada vez se oía con más intensidad, podía notar el tacto de sus pies con el frío suelo a cada paso que daba, así como escuchar el ligero tintineo que producía la cadena que colgaba de su cuello. ¿Estaba segura de que no estaba en un sueño? ¿De que no se iba a despertar y se encontraría en su cama, soñolienta? Deseaba que así fuese, su mente deseaba que así fuese, pero su cuerpo seguía reaccionando de manera ajena a ella, estaba cachonda, podía notar como la excitación crecía a cada paso que daba, ante la expectación de qué sería lo siguiente que se encontraría. No pudo evitar abrir la boca sorprendida cuando tras un giro de pasillo, se cruzaron con un hombre que llevaba de la cadena a dos esclavas, ambas completamente desnudas salvo, por supuesto, el collar. Ambas tenían la vista clavada en el suelo y no hablaban, sino que caminaban en perfecta armonía tras el hombre que las guiaba.

—Hola Elsa —saludó afablemente el hombre a la mujer que tiraba de la cadena de Lorena.

—Hola Javier, ¿qué son, las del señor Vergara? —Dijo mientras echaba un vistazo a la pareja de esclavas que llevaba el hombre.

—Sí, quiere que las vayamos preparando para después, y la tuya, ¿es nueva?

—Recién salida del horno.

El tal Javier miró a Lorena de arriba a abajo, lo que hizo que la mujer agachara la cabeza y se sonrojara.

—Parece una buena perra —se situó a su lado y se detuvo, Elsa se paró también.

El hombre cogió a Lorena de la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos. Javier era un hombre grande y con anchas espaldas. No le costó mucho volver la cara de la mujer.

—No pongas esa carita de miedo, vas a disfrutar mucho aquí. Todas lo hacéis.

Acabó su frase dando un fuerte azote en el culo de la mujer, que hizo que diera un pequeño respingo.

—Te dejo, Elsa, al señor Vergara no le gusta esperar.

Y diciendo esto dio un ligero tirón a las cadenas que portaba en la mano y continuó su marcha. Elsa se retrasó unos segundos, dejando al hombre que avanzara.

—Seguramente vuelvas a encontrarte con Javier esta noche, le vuelven loco las perras maduras como tú —comentó sin siquiera mirar a Lorena—, concretamente romperles el culo.

El cuerpo de Lorena se tensó y apretó sus nalgas de forma inconsciente. ¿Romperle el culo? Sólo lo había intentado una vez ante la insistencia de su marido, y le dolió tanto que no volvió a hacerlo nunca.

—Vamos —dijo Elsa, y ante la pasividad de la esclava dio un tirón de la cadena—. Te obligaré a la fuerza si es lo que quieres.

Lorena comenzó a caminar, asustada. Aunque sabía perfectamente a lo que venía, había cosas que no se había llegado a plantear que tendría que hacer. Todavía no había asimilado completamente en la clase de lugar en el que había aceptado entrar por su propio pie y tenía la esperanza de que Talía le ayudara a evitar ciertas situaciones.

Aún no sabía lo equivocada que estaba.

Enfrascada en sus pensamientos estaba cuando el pasillo acabó y se encontró entrando en una enorme sala llena de gente. Era la sala que había visto en la mayoría de las fotos. Decenas de hombres y mujeres impecablemente vestidos conversaban entre ellos mientras tomaban alguna copa, entre ellos, las camareras se movían de un lado a otro cubiertas únicamente con el escueto delantal que había visto en las fotos. Tenían una

habilidad sorprendente para aguantar estoicamente los sobeteos, pellizcos y azotes sin derramar ninguna copa y sosteniendo la bandeja. Y a parte de ellos...

A parte de ellos había multitud de esclavas y esclavos en la sala, aunque eran mucho más numerosas las primeras. Al igual que en las fotos, prácticamente todas estaban desnudas y esperaban pacientemente de pie o de rodillas al lado de los que suponía que eran sus amos, algunas se encontraban arrodilladas a los lados de la sala, mirando al suelo, Lorena suponía que esperando a que las reclamasen para algo, y otras se encontraban "siendo reclamadas". Vio dos que estaban haciendo mamadas a un par de hombres trajeados, mientras estos degustaban una copa de vino. Una más estaba siendo penetrada a cuatro patas por otro esclavo, ante la mirada atenta de varios socios del Club, el esclavo agarraba a la chica del pelo, tirando de él cada vez que embestía. Los socios jaleaban a los esclavos como si fuese algún tipo de espectáculo. Realmente lo era...

—¡Vamos! —Un nuevo tirón de cadena, esta vez más fuerte, la obligó a dar un paso adelante y casi la tira al suelo —No voy a permitir ni una tontería más —Espetó Elsa mientras soltaba un fustazo en el muslo de Lorena —. Si no haces caso a las órdenes lo harás a la fusta, ¡Anda! —Ordenó mientras daba otro fustazo al muslo contrario.

Lorena había gritado por el primer golpe, por el segundo comenzó a caminar frotándose la pierna. Se sentía pequeña, muy pequeña. Se fijó en que nadie la miraba, incluso después de los gritos de Elsa. No era más que otra esclava, ¿Por qué iban a fijarse en ella?

Elsa la llevaba hacia el grueso de la gente, comenzó a caminar entre ellos, saludando a algunos y parándose a conversar con otros. Lorena caminaba inmediatamente detrás de la chica, concentrada en no llevarse más golpes de fusta. Pudo ver a más esclavas ocupadas en complacer a sus dueños, una jovencita asiática tenía la cara enterrada entre las nalgas de una oronda mujer, que tenía su falda levantada y sus bragas en un tobillo. La mujer instaba a la esclava a "degustar su cena".

Tras unos minutos de paseo entre la gente, Elsa llevó a Lorena ante Talía.

—Aquí la tiene, se ha ganado un par de fustazos por el camino. —Dijo, tendiéndole la correa a Talía.

La joven se encontraba hablando con un hombre y una mujer. Al lado de ellos había un esclavo, desnudo y con un dispositivo de castidad bloqueando

su miembro. En ese momento todos salvo el esclavo se volvieron a mirar a Lorena.

—Hola... —balbuceó Lorena, moviendo ligeramente la mano. Talía y sus acompañantes la miraron como el que ve a alguien haciendo algo fuera de lugar.

—Buen trabajo, Elsa —Dijo Talía, recogiendo la cadena—. Aunque parece que no puedo decir lo mismo de ti —Le dijo a Lorena.

—¿Qué? —Contestó la mujer

—¡No repliques a tu ama! —Gritó Elsa tras ella, golpeando el culo de Lorena con la fusta.

—¿No te dije que te quitaras toda la ropa antes de venir? —Reprochó Talía

—Sí, pero... Pensé que...

—¿Pensaste? ¿Quién te ha dicho que debes pensar? ¡Lo único que tienes que hacer es obedecer! —Ahora sí que se giraban algunas cabezas a mirarles, Lorena agachó la cabeza, quería desaparecer, quería acabar ya con esa situación —¡Vamos! ¿A qué esperas para quitarte esa ropa?

La mujer se desabrochó el sujetador con manos temblorosas y a continuación, con el mismo temblor, se quitó el culotte. Dejó las prendas allí mismo, en el suelo.

—Eso está mejor —Dijo Talía. Se acercó a Lorena y le dio un beso en la boca. La mujer dejó de temblar, al menos, ya no lo hacía por miedo, todas las malas sensaciones que estaba viviendo desde hacía unos minutos se esfumaron ante el contacto de la suave y húmeda boca de la joven. Talía llevó la mano a la entrepierna de Lorena y la acarició, notando como el coño de la mujer estaba empapado. —¿Ves? Si obedeces todo irá mucho mejor —Sentenció. Lorena asintió aun temblorosa. —Elsa, ¿Podrías llevar estas prendas a su vestuario?

—Por supuesto —respondió Elsa—. Si me necesitan avísenme.

Y tras decir eso recogió la ropa interior de Lorena y se alejó de allí.

—Así que esta es tu nueva esclava, Talía —Comentó la mujer con la que estaba conversando

—Así es. Como podéis ver, todavía le falta avanzar en su adiestramiento —La joven lanzó una mirada de reproche a su esclava y ésta agachó la cabeza. —Por ser tu primer fallo, voy a ser magnánima —le dijo Talía —Voy a darte una oportunidad de librarte del castigo.

Lorena la miró asustada, ¿Iba a castigarla? ¿Allí? Recordó los azotes que recibió por desobedecer en su propio salón, el dolor de los mismos y la excitación que le produjo.

—Elena, ¿Podría usar a tu marido? —le preguntó a la mujer.

—Por supuesto —respondió ésta, curiosa.

Entonces Talía se acercó al hombre que estaba al lado de Elena, pero pasó de largo y agarró la correa del esclavo. Le guio con ella hasta situarle frente a Lorena, ¿Ese era su marido? Pero, ¿No era su esclavo? Lorena no entendía nada.

—¿Cuánto tiempo llevas sin descargar tus pelotas, perro? —preguntó Talía al esclavo, mientras le acariciaba los testículos.

—Veintisiete días, señorita.

—Os propongo un juego —dijo la joven —, si Elena me permite liberar a su marido, por supuesto —la mujer hizo un gesto de asentimiento y tendió a Talía una pequeña llave —, gracias. Como decía, os propongo un juego. Mi esclava se merece un castigo por desobedecer, pero al ser su primera falta, vamos a sortear el castigo... aunque más que un sorteo, va a ser una competición. Si mi esclava pierde, será atada al cepo de la sala de castigo durante 30 minutos, durante los cuales recibirá 15 azotes —Lorena se tensó, ¿Cepo? ¿Sala de castigo?—. Como bien sabrás, 30 minutos es demasiado tiempo para 15 azotes, así que durante el tiempo restante estarás a merced de cualquiera que quiera hacer uso de ti —Lorena pensó que tenía que haber escuchado mal, ¿La iba a dejar a merced de lo que quisieran hacer con ella? ¿Dónde se había metido? La cabeza le daba vueltas—. En cambio, si es este esclavo el que es derrotado, ocupará su lugar. ¿Te parece bien, Elena?

—Perfecto —Elena se giró hacia el otro hombre —, ¿Te parece bien, amor? Y mientras el cornudo está en el cepo podrías enseñarle como un buen macho se folla a su mujer...

El hombre asintió mientras le daba una palmada en el culo a Elena, arrancando unas risitas de la mujer.

—De acuerdo entonces —dijo Talía, sellando el trato —. ¿Cómo determinaremos el ganador? Os preguntaré. Muy fácil, mi esclava deberá hacer que este perro se corra en menos de 5 minutos —miró a Lorena, que la miraba a su vez, asustada —. Si sabes usar tu boquita tan bien en un hombre como en una mujer no te debería costar mucho, además, este esclavo lleva 27 días enjaulado.

Le tiró la llave a Lorena que, ante la sorpresa, no consiguió cogerla.

—¡Tiempo! —Gritó Talía, mirando su reloj.

¿Qué? ¿Así de repente? Lorena miró al hombre, que le devolvió una mirada nerviosa, se sentía como si aquella situación fuera ajena a la realidad, ¿Cómo iba a ser real? ¿Cómo iba a estar ella desnuda delante de todos aquellos extraños? ¿Cómo iba ella a...?

—Tictac, tictac —apremiaba Talía.

Lorena volvió en sí, tenía que actuar rápido, así que se agachó, recogió la llave y avanzó de rodillas hasta su contrincante. Se quedó parada unos segundos ante la situación que tenía ante ella, ¿Iba a hacer lo que le estaban pidiendo? No quería chuparle la polla a aquel hombre, pero no quería ser castigada... Creía poder soportar los azotes, pero la mera idea de estar en el cepo 30 minutos... Se acordó de Javier, el hombre que gustaba de "romperle el culo" a las maduritas, ¿Y si se la encontraba allí? Se estremeció.

Agarró el aparato de castidad buscando donde poner la llave y lo encontró tras unos segundos. Un breve forcejeo y la polla del esclavo quedó colgando frente a ella. El hombre cerró los ojos, Lorena supuso que intentando concentrarse en aguantar, y entonces le agarró el miembro con la mano derecha. No tardó más de unos segundos en ponerse duro como una piedra. La mujer comenzó a masturbarle, intentando hacer movimientos profundos y constantes, le llegaba el olor característico de la polla que tenía delante. Hacía mucho tiempo que no tenía un pene entre sus manos.

—¡Tres minutos! —Gritó Talía

—¡Cómo pierdas vas a saber lo que es bueno! —arengó Elena a su esclavo.

¡Tres minutos! ¡Y bajando! La polla del hombre estaba tensa y dura, Lorena podía notar perfectamente todas las venas de aquel miembro, y tuvo la certeza de que así no ganaría nunca. Respiró hondo, se tragó su orgullo, su dignidad (¿Aún le quedaba?) y a continuación, se tragó la polla de su rival.

La engulló todo lo que le daba de si la garganta, la sacaba, le daba lametones en el glande y volvía a tragar. Los gritos ahogados del esclavo le indicaban que iba por buen camino, que no tardaría mucho en correrse, pero ¿Sería suficiente?

—¡Un minuto!

El tiempo casi se había acabado, Lorena tenía que actuar ya si quería librarse del castigo. Se sacó la polla de la boca, cogió aire y comenzó a lamer

los huevos del hombre, los lamía, los chupaba, se los metía en la boca, jugaba con ellos. Mientras tanto, su mano derecha masturbaba frenéticamente al esclavo. Los gemidos del hombre se hicieron más audibles, comenzó a temblar, los gemidos se convirtieron en gruñidos.

—¡Veinticinco! ¡Veinticuatro!

Lo iba a conseguir, tenía que conseguirlo. Dejó los testículos y se introdujo el glande en la boca mientras seguía, masturbando al hombre. Hacía círculos con la lengua, chupaba, succionaba... Notaba la polla palpar.

—¡Diez! ¡Nueve!

El hombre gruñía, se movía, intentaba apartarse de ella.

—¡Seis! ¡Cinco!

Vamos, vamos, ¡Tenía que hacerlo! ¡Se le acababa el tiempo!

—¡Tres! ¡Dos!

—¡NoooooAaaggghhhh! —El grito del hombre precedió a un auténtico tsunami de semen que inundó la boca de Lorena.

—¡No! ¡Joder! —parecía que a Elena no le gustaba perder —¡Puto imbécil! ¡No vales ni pare que te la chupen!

Lorena mientras tanto comenzó a toser, se estaba atragantando. Borbotones de lefa salían todavía de la polla y le llenaban la cara y el pelo mientras, al toser, caía todo lo que había en su boca sobre su barbilla y sus tetas. Era espesa, muy espesa, se notaba el largo tiempo que había estado sin correrse. Lorena no pudo evitar haber tragado parte de la corrida, aunque la mayor parte estaba sobre ella.

—Parece que tenemos ganadora —Dijo Talía tocando el hombro de Lorena. Ésta levantó la mano, triunfal. Realmente estaba contenta de haber ganado, eso significaba que se iba a librar del cepo.

Elena parecía que no hacía caso de lo que decía Talía, estaba demasiado ocupada gritando a su marido.

—Te vas a enterar, te voy a enseñar a no volverme a dejar en mal lugar —decía mientras tiraba de la cadena de su esclavo.

Talía les miraba alejarse, ni siquiera se despidieron. Se giró a mirar a su esclava, arrodillada y cubierta de semen, con la cara roja del atragantamiento.

—Levántate —Le ordenó. Lorena lo hizo de inmediato —. Lo has hecho bien, apuesto a que hacía mucho que no te comías una polla con tantas ganas.

Lorena enrojeció y agachó la mirada. Entonces preguntó.

—¿Ibas a...? ¿Ibas a castigarme de verdad? —Miró a la joven, esperando

un atisbo de camaradería al que agarrarse.

—Por supuesto. Ya te dije lo que estabas aceptando al venir aquí, y lo aceptaste libremente —Se acercó a Lorena y comenzó a acariciar su cara con el dedo —. En estos momentos eres mi esclava a todos los efectos —comenzó a recoger el semen de la cara de la mujer con el dedo —, y no voy a permitir que mis esclavas desobedezcan —Llevó todo el semen que estaba recogiendo con el dedo hasta la boca de Lorena y la obligó a tragarlo. La mujer no rechistó —. Has llegado muy lejos para encontrar a tu hija, no es momento de estropearlo ahora. Lo único que puedes hacer es abrir bien los ojos, dejarte llevar y disfrutar —Sacó el dedo de la boca de Lorena y se lo metió en el coño, la mujer cerró los ojos y suspiró —, y no puedes negarme que estás disfrutando...

Era verdad, Lorena no podía negarlo. Su cuerpo funcionaba a expensas de su cerebro, y pese a sus reticencias morales, estar en el lugar de una esclava la tenía en un estado de constante excitación.

—Estoy asustada... —Confesó a la que era su ama.

—Lógico. Pero mientras no hables si no eres preguntada, y no desobedezcas las órdenes directas, todo irá bien —Lorena la miró, se acordó de Javier el "rompeculos" y pensó si de verdad todo iría bien... —. Y ahora basta de charla, hemos tenido un momento de asueto, pero en adelante no te podrás dirigir a tu ama tan abiertamente, ¿Entendido?

—Sí —Contestó Lorena.

—Sí, ama —Corrigió Talía.

—Sí, ama —Respondió la esclava.

Talía sonrió, satisfecha, entonces comenzó a guiarla entre la multitud. Sujetaba el extremo de su cadena, pero no le hacía falta tirar, puesto que Lorena avanzaba sumisamente tras ella. La joven iba saludando a sus conocidos, a algunos brevemente y con otros mantenía una pequeña conversación.

Nadie se fijaba en Lorena abiertamente, pero mientras caminaban, o mientras esperaba pacientemente a que su ama acabara de conversar, varias manos se detuvieron a acariciar su culo, a darle algún azote o un ligero pellizco. La mujer se sobresaltó con el primer contacto, pero al ver la mirada de advertencia en los ojos de Talía supo que no tenía derecho a protestar, así que intentó hacer como si no estuviera pasando nada.

Lorena todavía notaba en su boca el regusto salado del semen, así como

también sentía los chorretones cada vez más fríos que tenía sobre los pechos, quería limpiarse, pero sabía que sin una orden expresa de su ama...

—¿Esta misma noche? —la voz de Talía la sacó de sus pensamientos, sonaba entusiasmada.

Se habían parado y estaba conversando con un hombre mayor, tendría más de 70 años. Junto al hombre había dos esclavas arrodilladas, ambas tenían el pelo recogido en dos coletas y una mordaza en la boca, llevaban muñequeras de peluche de colores chillones y las piernas recogidas en una especie de funda de cuero, del mismo color que las muñequeras, que las obligaba a caminar directamente sobre las rodillas. De los culos de las esclavas sobresalían unas colas similares a las de un perro que se mecían ligeramente con cada movimiento de las chicas. La boca de Lorena se abrió de par en par al reconocerlas como las esclavas que se había cruzado en los pasillos. Las jóvenes se movían como si de verdad se tratara de dos perras, se rascaban la cara con la muñeca, frotaban su cabeza contra la pierna de su amo reclamando caricias...

—Sí, hacía mucho que no había ninguna —Contestó el hombre mientras acariciaba la cabeza a la perra que tenía más próxima —¿Vas a ir? No sé si la encontrarás allí, pero seguro que Tania está, y ella sabrá algo.

Lorena se quedó mirando al hombre, ¿De qué estaban hablando? Se sentía estúpida, ¿Por qué no había prestado atención a la conversación? ¿A dónde iban a ir? ¿Estaban hablando de Lucía? ¿De Zulema?

—Si, estaré por allí, sabes que me encantan esas carreras —contestó Talía—. Lorena —dijo, dirigiéndose a su esclava—, no veo a ninguna camarera por aquí, así que tráenos un par de copas de champán, hacía mucho que no veía a Francisco y quiero celebrarlo.

La mujer se tensó, no tenía ni idea de dónde podía conseguir las bebidas, pero tampoco quería dejar en mal lugar a su ama otra vez.

—Si, ama. —Respondió apresurada, se dio la vuelta y se alejó de ellos.

—Pero... —Francisco Vergara se quedó mirando a la madura mujer mientras se alejaba —¿A dónde va? El bar está por el otro lado —comentó con una sonrisa.

—Perdónala, Francisco, es su primer día y aún no conoce el lugar.

Lorena comenzó a caminar sin rumbo entre la gente, buscando una barra, una camarera, o algo similar. La ponía nerviosa ir sola, sin la compañía de

Talía. Se sentía desprotegida. Los manoseos que antes había sido capaz de obviar, la hacían sentir ahora como un cervatillo desvalido en medio de una manada de lobos. ¿Qué haría si alguien intentaba ir más allá? Y lo peor de todo, ¿Cómo reaccionaría la gente si se resistía?

Llegó a un extremo de la sala que tenía un ambiente más íntimo que el resto de la zona, colgaban largas cortinas del techo y las luces eran más bajas. Tras las cortinas, en la pared, había una hilera de puertas cerradas separadas unas de otras por varios metros, sin seguir ninguna distancia común. Suponía que no encontraría un bar tras ninguna de aquellas puertas, pero sentía curiosidad... en esa zona estaba ella sola, y ahora tenía ocasión de fisgar un poco...

Se acercó a una de las puertas y agarró el pomo, la cadena que colgaba de su cuello tintineó al rozar levemente el mismo, respiró hondo y lo giró lentamente.

La puerta se abrió sin resistencia, observó un poco tras el quicio, sin abrir demasiado, y se encontró una sala oscura en la que no había nadie. Lentamente la abrió un poco más, con la seguridad de que no había nadie en ella. Atravesó la puerta y se encontró lo que perfectamente podría ser una sala de tortura, la piel se le erizó y un escalofrío recorrió su espalda. En el centro de la sala había varios artilugios para sujetar a los esclavos, un cepo, un potro, y varias cadenas con grilletes en el suelo y colgando del techo. Las paredes también estaban llenas de cadenas y grilletes... y de los elementos de tortura. Látigos, fustas, mordazas, agujas, pinchos, varas, esposas, arneses... una suerte de equipamiento completo para el goce y disfrute de los amos, y la desdicha y sufrimiento de los esclavos.

Salió de la sala y cerró la puerta tras ella, iba a seguir buscando las bebidas, pero se quedó mirando la siguiente puerta... ¿Estaría equipada de la misma manera? Caminó dubitativa hacia ella y repitió la operación de la puerta anterior, con una salvedad: la sala estaba ocupada.

Entornó rápidamente la puerta, temiendo ser descubierta, y aguardó unos segundos. Se oían gritos y gemidos desde dentro de la habitación, pero no lograba distinguir lo que decían, abrió un poco más la puerta, lo suficiente para simplemente ojear el interior.

—¡No! ¡Vales! ¡Ni! ¡Para! ¡Que! ¡Te! ¡La! ¡Chupen!

Lorena se quedó pasmada. Era la amiga de Talía con su marido/esclavo y su compañero. El pobre esclavo tenía las manos y la cabeza atrapadas en un

cepo y era obligado a chupar la polla del compañero de su mujer, mientras tanto, Elena estaba situada detrás de su marido y ataviada con una enorme polla de plástico sujeta en un arnés. Cada palabra que gritaba era acompañada de una violenta embestida con la que penetraba el culo de su marido.

—¡Así! ¡Aprenderás! ¡A! ¡No! ¡Dejarme! ¡En! ¡Ridículo!

De vez en cuando azotaba el culo del hombre con una pala de madera.

A un lado de la habitación había un par de mujeres y un hombre mirando y comentando el espectáculo, por cómo iban vestidos (o, mejor dicho, simplemente por ir vestidos) estaba claro que eran otros miembros del club que, o bien les gusta mirar, o esperaban su turno para participar en el castigo.

Lorena se llevó la mano a las tetas, tocando el semen ya casi seco que tenía aún, perfectamente podría haber sido ella la que estuviese presa en ese cepo, mientras su ama la follaba violentamente recriminándole la derrota, castigándola por haber desobedecido. Mientras acariciaba sus pechos, sus dedos se detuvieron en sus pezones, arrancándola un pequeño gemido, los tenía duros como una piedra ¿Se estaba poniendo cachonda?

No —se dijo—. Es por el frío —pensó—, voy desnuda y tengo frío —pero sabía perfectamente que en aquel lugar no hacía nada de frío.

Cerró la puerta con suavidad, dejando tras ella aquella escena de perversión. Miró a su derecha y observó la siguiente puerta, ¿Estaría también ocupada? Se mordió el labio inferior pensando si acercarse o no mientras su mano seguía jugueteando con uno de sus pezones y, sin darse apenas cuenta ya estaba frente a la siguiente puerta.

La abrió un poco y comprobó que también estaba ocupada, del interior de esta sala surgían varios sonidos mezclados. Por un lado, había un ligero ruido de máquinas, suave y constante, similar a cómo suena un aire acondicionado, pero algo más fuerte y vibrante. Por otro, se escuchaban gemidos y ¿Mugidos? ¿Cencerros? Abrió un poco más la puerta para ver lo que estaba generando esos sonidos y apartó la mano de sus tetas para poder taparse la boca y evitar ser descubierta, porque de la impresión un grito había acudido a su garganta.

¿Qué coño estaba pasando allí dentro?

La sala era muy grande, más que las dos anteriores, y estaba bastante iluminada. En el centro de la habitación, un hombre joven y fornido paseaba vestido con unos jeans, unas botas de vaquero y un sombrero de también de vaquero. Iba sin camiseta, mostrando al aire su tonificado cuerpo, y llevaba

en la mano una especie de vara negra. Se paseaba de un lado a otro de la sala vigilando lo que hizo que Lorena se hubiese sorprendido tanto...

A lo largo de las paredes de la sala había varias máquinas, al menos 5 en cada lado, y en cada una de las máquinas, salvo en una, había una mujer. Cada mujer estaba desnuda, salvo por algunos trozos de tela blancos y negros, simulando la piel de vaca, que cubrían sus muslos o sus tripas, también tenían unos estúpidos cuernecitos puestos en la cabeza y, en vez de llevar una cadena enganchada a sus collares, llevaban un pequeño cencerro. Las esclavas estaban en vilo, sujetas por brazos y piernas a las máquinas, y ligeramente inclinadas hacia delante. La posición hacía que sus tetas colgaran y se bambolearan obscenamente, aunque no colgaban libres, pues tenían una especie de tubos que se enganchaban a sus pezones por medio de unas grandes... ¿ventosas?

No sabía si llamar a las máquinas aparatos de tortura, puesto que no se parecían en nada a las que había visto anteriormente, realmente no sabía cómo calificarlas, y lo que se pasaba por su cabeza que podían ser esas máquinas hacía que se pusiese a temblar. Parecían máquinas ordeñadoras, y seguramente lo fuesen.

Además de los tubos a sus pezones, las mujeres tenían más tubos y cables en el cuerpo, algunas tenían tubos que se insertaban en su boca a través de una mordaza, otras los tenían insertados a través de su coño o su culo, y algunas tenían más de uno. Los cables con sensores debían enviar información a unos pequeños monitores que había al lado de cada máquina, y era lo que el vaquero estaba comprobando.

Algunas de las mujeres gemían, sobre todo las que tenían los tubos insertados en sus coños o culos, se movían excitadas, lo que provocaba que sus cencerros repiqueteasen en la sala, recordando a un ambiente de granja. Otras mujeres mugían cual vaca, intentando llamar la atención del vaquero, que solamente paseaba de un lado a otro.

—¿Qué tenemos aquí? —Una fuerte voz de hombre tras ella hizo que Lorena se sobresaltara, aunque no pudo hacer más, porque el dueño de la voz la agarró del pelo y la empujó dentro de la sala. —¡Tenías una pequeña curiosa, Rob!

El vaquero que estaba en el centro de la sala se giró hacia ellos, algo sorprendido.

—Creía que Elsa me traería a la vaca que faltaba después de prepararla,

no que la traerías tú. —Comentó el tal Rob.

—Si no la he traído yo, ha venido ella solita, pero parece que le daba vergüenza entrar. A lo mejor le daba vergüenza no llevar un cencerro como sus compañeras de ganado, pero eso se puede arreglar, ¿Verdad, putita?

El hombre la obligó a girar la cara mientras le preguntaba, y si Lorena ya estaba aterrorizada, no ayudó que el que la había descubierto era Javier, el "rompeculos".

—Yo... yo... —Balbuceaba Lorena.

—¡Pero ¡qué tenemos aquí! —Exclamó Javier, mientras su cara se llenaba de felicidad —¿A la nueva madurita del Club? No sabía que Talía te mandaría a las vaquerizas...

—¡No! —gritó Lorena, temblorosa —¡No me ha enviado aquí! ¡Me había enviado a por bebidas! —la mujer miraba nerviosamente a ambos hombres.

—Claro, y has venido aquí a por unos vasitos de leche —apostilló Javier, con sorna. Rob se reía de la ocurrencia de su compañero.

—¡No sé dónde estaba el bar! ¡Sólo estaba...!

—¡Calla! —Javier le dio una fuerte bofetada que la lanzó al centro de la sala —Estábamos esperando una nueva vaca y ya la tenemos, no hay más que hablar.

Lorena intentó apartarse de los dos hombres arrastrándose, se alejó hasta chocar con una de las máquinas. Al chocar miró hacia arriba y vio las dos enormes tetas bamboleantes que tenía sobre ella, podía ver perfectamente como la máquina ordeñaba la leche a chorros. La dueña de las tetas gemía con la boca abierta mientras el cencerro de su cuello sonaba.

—¿Estás segura de que quieres resistirte? —Le dijo Javier mientras se acercaba —Cuando te vi sabía que tenía que probar tu culito, pero no creí que pudiese hacerlo hoy.

La sola idea de ser sodomizada por aquél hombre la asustó casi más que la de ser una vaca más en ese perverso establo. Se levantó como pudo y salió corriendo hacia la puerta sorteando a Javier, que no consiguió agarrarla. De algo debe servir no llevar ropa —pensó Lorena —, así les es más difícil agarrarme.

A punto estuvo de llegar a la puerta, tenía el pomo casi al alcance de la mano, y entonces sintió como si su cuello tuviese vida propia y de repente quisiese correr en dirección contraria a su cuerpo.

—¡Aaaaah! —Gritó la mujer al caer violentamente sobre su espalda,

¿Qué había pasado? Ya casi estaba en la puerta...

Desde el suelo pudo ver como Javier estaba a su lado, sosteniendo la cadena que colgaba de su cuello. Parece que consiguió evitar que la cogiera, pero no pudo evitar que cogiera la correa.

—Parece que vamos a tener que domar a esta putita, hacía mucho que no participábamos en un buen rodeo, ¿Verdad, Rob? —El vaquero se situó al lado de Javier, sonriendo —Y no dudo que dentro de un rato la estaremos cabalgando...

Lorena intentó revolverse de nuevo, aunque sabía que era inútil puesto que Javier seguía sujetando la cadena, pero entonces Rob le tocó el abdomen con el extremo de la vara que portaba.

Un fuerte chispazo sacudió el cuerpo de la esclava, comenzando en el lugar que había tocado la vara, Lorena lanzó un desgarrador grito. ¿Qué había sido eso? Otro toque más, esta vez en un muslo y la mujer gritó y se retorció de nuevo.

—¿Te gusta nuestro juguetito, puta? —Le preguntó el vaquero —Puedo seguir dándote chispazos toda la noche, te aseguro que no se le va a gastar la batería.

Javier se reía mientras se dirigía hacia la puerta, había soltado la cadena, debería pensar que ya no le haría falta. Cerró la puerta y echó la llave, que se colgó del cuello. Lorena comenzó a sollozar.

—No tengas miedo, si te portas bien y haces todo lo que te decimos no te haremos daño —decía Javier—. Rob, ¿Por qué no vamos preparando sus tetas? Así cuando acabemos de domarla ya estará preparada para ponerla en la ordeñadora.

¿Preparar sus tetas? ¿No esperarían que ella...?

—No, no, no ¡No! —Comenzó a gritar cuando vio que Rob se acercaba con una aguja y dos botecitos —¿Qué es eso? ¡No me hagáis nada!

—Sssshhh —Rob la mandó callar, mientras agitaba amenazadoramente la vara eléctrica. Lorena obedeció—. No creo que tengas leche en ese pedazo de tetas que tienes, ¿verdad? —Lorena negó con la cabeza, hacía muchos años que había dejado de amamantar a Lucía —Pero eso es algo que podemos arreglar. Estate quieta y no te dolerá —Decía el hombre mientras pinchaba la aguja en uno de los botecitos y la llenaba con el líquido que contenía.

Se acercó a la mujer, que cerró los ojos asustada, esperando y deseando desaparecer de allí y estar en cualquier otro lugar, ¿Quién la mandaría haber sido tan curiosa? Notó un ligero pinchazo en su teta derecha, y unos segundos después en su teta izquierda.

—Ya está, ¿Has visto? Si haces lo que te decimos no todo saldrá bien, ya verás cómo vas a disfrutar tanto de esto como todas estas zorras de aquí —Hizo un ademán con la mano, señalando al resto de esclavas de la sala. La verdad es que se las veía disfrutar, no se habían dejado de oír gemidos y jadeos desde que había entrado, incluso juraría que alguna había alcanzado el orgasmo.

—Pero... —comentó Javier, situándose al lado de Lorena —, todas las vacas de granja tienen que estar perfectamente domadas y domesticadas, y creo que tú eres un poco salvaje todavía... Ven aquí y arrodíllate —no le hizo falta gritar, ni levantar la voz, su tono era claramente una orden que Lorena sabía que no debía desobedecer.

La mujer se levantó.

—¡De rodillas! —Grito Javier —Las vacas caminan a cuatro patas —apostilló, suavizando la voz.

Lorena se arrodilló de nuevo, y gateó hacia ellos.

Javier sonrió a Rob.

—Eso está mejor. ¿Sabes? Las vacas no sois las únicas que podéis dar leche —dijo Javier, desabrochándose los pantalones.

Rob le imitó, y en unos segundos Lorena tenía ante sí dos enormes pollas apuntando al techo. Sólo unas mamadas... No era lo peor que le podía pasar, total, todavía tenía las tetas llenas de leche de la última que había hecho...

Se acercó a Javier, agarró su polla y comenzó a masturbarla. Cerró los ojos, pensó que no tenía otra opción, que era la chupar o la vara... y chupar después... no creía que esos hombres la dejaran salir de allí fácilmente, pero si se portaba bien...

Se la introdujo en la boca y comenzó un movimiento de sube y baja, acompasando la mano y la cabeza. Javier tenía la polla más grande que el esclavo de Elena, también más grande que su marido, seguramente no sería capaz de tragársela mucho más de lo que estaba haciendo, así que intentaba disimular usando la mano.

—Uff... No está mal, zorra, aunque por la leche de tus tetas ya veo que no es la primera vez que lo haces —Lorena se sonrojó, incluso estando en aquella situación podía sentir vergüenza —, pero, ¿No crees que te olvidas de algo?

La esclava levantó la vista, sacándose la polla de la boca, y vio como Javier estaba señalando el miembro del vaquero. Rob, por su parte, comenzó a agitar su rabo ante la cara de Lorena que veía como se enfrentaba a una nueva situación, ¿chupar dos pollas a la vez? Se sentía una estúpida al haber pensado que esperarían ante ella en fila, como si estuviesen en la cola del supermercado esperando su turno, y que tendría que encargarse primero de uno y luego del otro. Miraba como la segunda polla se balanceaba ante ella, esperándola, mientras aún sostenía el miembro de Javier con la mano izquierda, intentó pensar fríamente y se auto convenció de que si se la mamaba a los dos a la vez acabaría antes... y auto justificándose de esa manera agarró con su mano derecha la que sería la cuarta polla que se llevaría a la boca en su vida, tras la de su difunto marido, la del esclavo de Elena y la de Javier.

Tenía una polla en cada mano y llevó la de Rob a su boca, comenzando a lamer el glande mientras intentaba acompasar el movimiento de sus manos. Al principio le resultó difícil, y casi soltó una carcajada cuando recordó los

típicos juegos de coordinación en los que tienes que hacer círculos en direcciones opuestas con cada brazo, ¿cómo podía querer reírse en una situación así?

Los hombres parecían disfrutar mientras Lorena intercalaba sus atenciones entre uno y otro, nunca había hecho algo como eso, pero sí que había visto hacerlo en alguna película porno. Su boca cambiaba de uno a otro mientras el movimiento de sus manos no se detenía. Comenzó a mover las caderas inconscientemente a medida que su cuerpo reaccionaba a la situación, el calor crecía desde lo más profundo de su ser y comenzó a jadear ligeramente mientras mamaba.

—Mira esta puta —dijo Rob—, tanto que se resistía y ahora lo está disfrutando.

—Pues claro que lo está disfrutando —dijo Javier —, todas estas esclavas lo disfrutan, a todas les gusta ser sometidas y humilladas, si no, no estarían aquí, todas vienen por su propio pie, lo que pasa es que a algunas les cuesta más que a otras reconocerlo, ¿Verdad?

Lorena lo pensó, ¿realmente había venido por su propio pie? Sólo lo había hecho para encontrar a Lucía, aunque nadie la había obligado y Talía le había explicado lo que se encontraría y lo que estaba aceptando al venir, pero... pero no pensaba sentirse así.

No pensaba que se pondría tan... cachonda. Si, cachonda. No podía negarlo. En una situación normal no había ninguna posibilidad de que se encontrase en la situación en la que estaba, pero una vez metida en ella su cuerpo reaccionaba contrariamente a lo que habría pensado, estaba caliente, muy caliente. Notaba sus pezones erizados y su coño chorreando, llevaba un rato moviendo sus muslos y su cintura para intentar luchar contra su excitación, pero eso no hacía más que aumentarla, había empezado a mamar como una manera fácil (la única manera en realidad) de salir de allí sin sufrir daños, pero ahora los estaba disfrutando.

Paladeaba cada pliegue, cada vena y cada rincón de aquellas dos pollas que tenía sólo para ella, olía su peculiar aroma, mezclado al de sus propias babas, las chupaba, las lamía, las besaba... las notaba palpitar entre sus manos.

—Parece que esta doma va a resultar más fácil de lo que creíamos... —Dijo Javier—¿Quieres hacer los honores, Rob?

¿Honores? ¿De qué estaban hablando?

—Por supuesto —contestó el vaquero—, pero todavía le falta un detalle.

Rob se separó de ella y se acercó a una estantería de la sala, de donde cogió algo, a continuación, se puso frente a Lorena y desenganchó la correa, engancho en su lugar...

—¿Un cencerro? —Exclamó la mujer, escuchando el aparato sonar mientras se movía, sobresaltada. Una fuerte bofetada por parte de Javier la lanzó al suelo, haciendo que el cencerro sonase todavía más.

—¿Que esperabas que fuera? ¿Un collar de Swarovski? —Le dijo entre risas.

—Para ser una buena vaca tienes que sonar como tal —dijo Rob—. Y personalmente, me encanta oír el *tolón tolón* del cencerro mientras me follo a una esclava.

Los ojos de Lorena se abrieron de par en par, creía que con un par de mamadas quedarían satisfechos, aunque no podía negar que su cuerpo lo estaba pidiendo a gritos.

—Vamos zorra, ponte a cuatro patas, que te voy a cabalgar como te mereces —continuó el vaquero mientras él mismo se masturbaba.

—No, no, por favor, os la chuparé todo lo que queráis, pero... —comenzó a suplicar, aunque Javier la cortó.

—Claro que nos la chuparás todo lo que queramos. Y también follarás todo lo que queramos, y si te pedimos que hagas el pino, lo harás hasta que se te caigan los brazos. Tienes tres segundos para ponerte como se te ha ordenado. ¡Tres!

Lorena se bloqueó, en ese momento fue más consciente que nunca de la situación en la que se encontraba, de que aquellos hombres harían lo que quisiesen con ella, y que no saldría de allí sin someterse a ellos.

—¡Dos! —Gritó Javier, cogiendo la vara eléctrica que habían dejado apartada en un lado. Lorena gritó de miedo y se apresuró en hacer lo que ordenaban —¡Uno! —Se colocó a cuatro patas delante de Javier y dándole mostrando su desnuda retaguardia a Rob —Eso está mejor, putita —dijo dejando nuevamente la vara a un lado—. Ahora dale un buen uso a esa boquita...

Javier se acercó nuevamente a ella y Lorena se comenzó a chupar, solicita. Unos instantes después notaba como Rob sobaba su culo y acariciaba su coño.

—No te lo pierdas Javier, ¡Está chorreando! —Gritó.

Acto seguido se arrodilló tras ella, y mientras con una mano separaba las nalgas de Lorena, con la otra guiaba su polla a la deseosa raja de la esclava. No lo hizo despacio, no lo hizo con cuidado. Pero tampoco importó. Lorena estaba tan cachonda que la polla de Rob entró hasta el gollete de una sola embestida.

—Uuummmmm —Gimió Lorena mientras sus ojos se cerraban abandonándose a las sensaciones que la invadían. Hacía tanto tiempo que no notaba una polla entre sus piernas...

El vaquero sacaba la polla casi entera del sexo de la mujer, lentamente, disfrutando del abrazo caliente y húmedo que le proporcionaba, sólo para meterla otra vez de golpe, de un sólo empujón. El cencerro resonaba en la sala con cada embestida, al igual que los gemidos de Lorena, ahogados por la polla de Javier. La esclava intentaba seguir mamando la polla del hombre, pero estaba tan entregada a la polla de Rob que su mente no era capaz de centrarse en la de Javier.

El hombre, viendo que la mujer no le prestaba la atención que merecía, la agarró de los pelos de la nuca y le presionó la cabeza obligándola a tragarse la polla hasta el fondo.

—Si no eres capaz de atender a dos pollas a la vez, tendré que ocuparme yo de que lo hagas.

Y cuando acabó la frase comenzó a mover violentamente la cabeza de la mujer, follándose su boca con energía.

Lorena estaba extasiada, la polla de Rob la estaba volviendo loca y, contrariamente a lo que pudiera parecer, la polla de Javier también. Tenía dificultades para respirar, se estaba atragantando y su baba se derramaba por las comisuras de su boca, pero estaba disfrutando. Lo que la estaban haciendo, cómo la estaban tratando, la hacía sentirse como... como... como un juguete, un juguete sexual en manos de aquellos hombres, una marioneta sin posibilidad de acción, estaba completamente en sus manos y ella sólo tenía que dejarse hacer, sólo tenía que... someterse.

—Gggghhghhh —Lorena comenzó a gemir cuando Rob aceleró el ritmo.

El orgasmo se acercaba, lo sentía llegar por cada poro de su cuerpo, comenzó a mover las caderas al mismo ritmo del vaquero buscando que llegase más adentro, más al fondo, quería sentir cómo la partía en dos, como su cuerpo era atravesado por la polla de aquél hombre. Gritaba como podía,

gemía, balbuceaba, sus ojos se pusieron en blanco y su cuerpo comenzó a temblar. Juntó las piernas intentando atrapar aquella barra de carne dentro de ella mientras los espasmos de placer la llevaban a una dimensión que no había experimentado nunca. Estuvo a punto de desmayarse, se quedó casi inerte entre aquellos dos hombres y, cuando creía que iba a perder el sentido, una nueva oleada tan o más fuerte que la anterior volvió a sacudirla.

¿Otro orgasmo? Nunca se había corrido más de una vez, y mucho menos de una manera tan intensa. Su coño palpitaba, el cencerro, que no había dejado de sonar en ningún momento, comenzó a resonar en su cabeza mucho más fuerte y claro que antes.

—Prepara ese coño, zorra, ¡Te lo voy a llenar de leche! —Gritó Rob, mientras con una última y fuerte embestida introdujo su polla hasta el fondo mientras se corría.

Ese fue el pistoletazo del segundo orgasmo de Lorena, que podía notar como era inundada por la caliente leche del vaquero.

Unos segundos después los tres se relajaron, aunque Javier no se había corrido aún. La polla de Rob colgaba flácida entre sus piernas y ante el coño abierto de Lorena. La mujer, por su parte estaba tendida con el culo en pompa y la cara pegada al suelo, jadeando y teniendo pequeños espasmos de placer de vez en cuando. Podía notar como el semen de Rob salía de su coño y resbalaba por sus muslos. No pensó ni por un segundo la posibilidad de quedarse embarazada, su mente no estaba en esos momentos para eso.

¿Cómo podía haber alcanzado tal placer? ¿Cómo es posible que nunca antes hubiese sentido nada parecido? Ella siempre había pensado que la vida sexual con su marido había sido buena, e incluso muy buena, había disfrutado mucho, pero esto... esto era otra cosa, era otro mundo...

Estaba escuchando a los hombres hablar tras ella, pero no prestaba atención a lo que decían. Notó como unas manos le sobaban el culo y le acariciaban el coño.

Claro, ahora me va a follar Javier —pensó.

Y efectivamente pudo notar como el hombre se arrodillaba tras ella. Al notar como se acercaba, Lorena echó sus caderas hacia atrás para facilitar la penetración.

—Mira, Rob, creía que iba a quejarse más, pero ¡esta puta está deseando que la rompa el culo!

¿¡Qué!!

Lorena notó como, efectivamente, la polla de Javier intentaba perforar su ano en vez de su coño. Rápidamente la mujer se revolvió, agitando sus piernas para quitarse al hombre de encima y se lanzó hacia delante para alejarse de él.

—¡No! —gritaba —¡Eso no! ¡Por favor!

En un momento de lucidez, agarró la vara eléctrica que habían dejado a un lado y se agazapó tras las máquinas en las que las esclavas estaban siendo ordeñadas, desesperada. Javier y Rob no se habían movido del sitio, pero la cara de Javier mostraba una sádica sonrisa que no hizo más que asustar a la mujer.

—No creo que quieras obligarme a que vaya a por ti —decía Javier. Lorena temblaba tras las máquinas, pero no se movió, el miedo a ser sodomizada nublabá su juicio —. Está bien, parece que prefieres hacerlo difícil, más divertido para mí —Javier se acercaba, mientras Lorena blandía la vara entre ambos, amenazante —. Suelta eso...

Lorena negó con la cabeza.

—¡Dejadme! ¡Abrid esa puerta! —La voz se le quebraba. Javier no dejaba de sonreír.

El hombre se acercaba con las manos en alto, mientras la mujer agitaba la vara ante ella. Javier estaba ya a un par de metros escasos y Lorena, arrinconada, se lanzó hacia él intentando alcanzarle con la punta de la vara, dando una estocada. En un rápido movimiento que Lorena no fue capaz ni de prever ni de evitar, Javier se apartó a un lado lo suficiente para que la estocada de la mujer pasase de largo, agarró la vara por el centro y tiró fuertemente de ella, haciendo que la esclava, que estaba agarrando la vara con todas sus fuerzas, saliese disparada de nuevo al centro de la habitación, de nuevo indefensa.

—¡Aaaah! —Gritó Lorena cuando Javier la electrocutó.

Seguía gritando, chispazo tras chispazo, intentaba esquivarlos, apartarse o volver a agarrar la vara, pero no hacía más que recibir calambres una y otra vez. Javier se reía mientras castigaba a la rebelde mujer.

—¿Quieres más? —decía mientras seguía torturando a la mujer.

—¡No! ¡No! ¡Basta por favor!

Lorena lloraba de dolor y suplicaba clemencia.

—¿Has visto como es mejor ser obediente y no rebelarte? —La esclava estaba en el suelo hecha un ovillo, sollozando —¿Para qué ha servido tu

intento de huir? No has hecho nada más que retrasar lo inevitable, y además te has llevado un castigo. ¿Vas a ser una buena esclava obediente a partir de ahora? —Lorena asentía, desesperada, con lágrimas en los ojos —No te oigo.

—Sí...

—¿Sí, ¿qué?

—Voy... voy a ser una buena esclava.

—¿Vas a hacer todo lo que te digamos?

—Sí... voy a hacer todo lo que me digáis.

—Perfecto, mucho mejor así. Ven aquí —Lorena se colocó ante Javier, como éste le exigía, arrodillada —Por tu reacción supongo que nunca te han follado el culo, ¿Es así?

Lorena asintió y agachó la mirada.

—¡Contéstame cuando te hablo, joder! —Javier gritó con rabia, pero no movió ni un músculo.

—¡No, no! ¡Perdón! Nunca... nunca me han...

—¿Nunca te han qué...?

—Nunca me han follado el culo...

—Eres una mujer afortunada, vas a tener el honor de que sea mi polla la que penetre tu precioso culo por primera vez... Aunque como me has enfadado, no sé si quiero hacerlo... —Lorena le miró, sorprendida y esperanzada, pero cuando vio sus miradas se dio cuenta de que sólo quería humillarla más —, tendrás que convencerme...

La mujer no daba crédito, miraba al hombre incrédula, ¿De verdad pensaba que ella...? No, no podía hacerlo, no podía rebajarse tanto... Escuchó movimiento a su derecha y vio de reojo como Rob jugaba distraídamente con la vara, si no hacía lo que le pedían... Agachó la cabeza para ocultar las lágrimas que acudían a sus ojos, respiró hondo y pensó en lo que le dolía el cuerpo de las recientes descargas que había recibido. Volvió a mirar a Javier.

—¿P—podrías...? —comenzó a decir, titubeando. Javier la miraba interesado —¿Podrías hacer...? —No sabía cómo decirlo, ¿Cómo se le pedía eso a alguien de una manera decente? —¿Podrías hacérmelo por detrás?

—¿Hacértelo por detrás? No te entiendo bien... Verás, soy un poco corto de entendederas —decía Javier, socarrón —, y necesito que me digan las cosas claritas.

Lorena aguantó las lágrimas, se tragó lo que quedaba de su orgullo y dignidad, y dijo lo que ese cabrón quería oír.

—Por favor, ¿me harías el honor de follarte mi precioso culo por primera vez? —la voz se le quebró mientras acababa la frase, pero se repuso y consiguió terminarla.

—¡Vaya! ¿Y me lo pides así? ¿En la primera cita? Creía que eras una señora respetable, pero está claro que no eres más que una zorra —Rob se reía de los comentarios de Javier, Lorena, por su parte, se sentía humillada como nunca antes en su vida —. Está bien —sentenció el hombre —, voy a hacer lo que pides, ponte a cuatro patas y enséñame el bonito culo que voy a estrenar.

Lorena obedeció, sumisa, se dio la vuelta y se colocó como le pedía.

—Sepárate las nalgas, puta, quiero ver ese ojete bien abierto.

La esclava comenzó a llorar de impotencia, ¿Cuánto más la iba a humillar? ¿Es que nunca tenía suficiente? Apoyó la cara en el suelo y separó sus nalgas con las manos, exponiéndose tal y como aquellos hombres esperaban que lo hiciera, mostrándose como una puta esperando ser sodomizada, como una esclava sometándose a sus amos. Sintió una ráfaga de aire fresco recorrer su ano tan sólo unos momentos antes de notar como Javier, el "rompeculos" apoyaba la punta de su polla en su ojete.

—Dile hola a tu nuevo amigo, zorra —dijo el hombre.

Y tras esas palabras comenzó a penetrar lenta pero implacablemente el culo de Lorena. La mujer se quedó sin aire unos segundos, cada fibra de su ser estaba centrada en el enorme dolor que la taladraba, parecía como si una barra de acero al rojo vivo estuviese partiéndola en dos, estaba convencida de que no podría aguantar, que realmente su cuerpo se iba a desgarrar como una hoja de papel ante la presión de aquella enorme polla.

Javier había agarrado a la mujer de la cintura y estaba realizando unos movimientos de aclimatación, era un hombre experto en esas lides y sabía cómo follarse el culo de una primeriza. Disfrutó cuando el rosado ojete de la mujer se venció ante la presión de su glande, abriéndose para dejarle paso y cerrándose fuerte a continuación sobre él, como queriéndolo devorar entero. Le encantaba esa sensación. Estaba seguro de que la esclava esperaba que metiera su polla de golpe, estaba asustada y eso le encantaba, pero él sabía cómo hacerlo para no romper su juguete nuevo. Metía su polla unos centímetros y aguantaba unos segundos, después la sacaba lentamente y la volvía a introducir, esta vez uno o dos centímetros más que la vez anterior.

Lorena cada vez notaba la polla del hombre más profunda, ¿Hasta dónde

iba a llegar? Su culo le ardía, aunque no tanto como había al principio, el dolor era intenso, pero se había hecho soportable. Notaba como si su culo se cerrase sobre la barra de carne que la invadía, intentando atraparla dentro. Tras unos minutos notó como abdomen de Javier chocó contra su culo.

—¿Has visto como no era para tanto? —Decía Javier —Ya tienes toda mi polla dentro de tu culo.

Lorena no respondió, estaba conteniendo la respiración. Se sentía llena, mucho más que cuando Rob la estaba follando por el coño y Javier por la boca, notaba que aquella enorme polla se le iba a salir por la boca, que iba a permanecer enganchada a ella una eternidad y lo que más la contrariaba es que no le habría importado...

Javier aguantó nuevamente unos momentos con su rabo completamente dentro del culo de Lorena, disfrutando. Podía notar como el esfínter de la mujer abrazaba su polla, y también como la mujer estaba asimilando el hecho de que tanto dolor pudiese traerle placer, había visto muchas veces esa reacción. Sacó completamente la polla y observó como el ojetete de la esclava se mantenía abierto en forma de O. En ese momento Lorena se sintió vacía, completamente vacía, como si le hubieran quitado todo y estuviese tirada y desvalida.

Javier puso nuevamente la polla en aquel apetitoso agujero y comenzó a penetrar de manera suave pero constante, esta vez no se detuvo hasta que estaba completamente dentro, y una vez allí, comenzó un suave mete—saca.

Lorena notaba como la polla de Javier entraba y salía, el dolor casi había remitido y estaba empezando a sentir un ligero placer, pero no era un placer similar a cuando la habían penetrado por el coño, era... distinto... Era un placer indómito, salvaje, profundo... se sentía dominada. Sentía como cada parte de su ser pertenecía a aquella polla, como la doblegaba y la sometía. Por primera vez en aquella tarde, por primera vez en su vida, se sintió realmente una esclava, sintió realmente que su cuerpo y su mente no le pertenecía y que sólo existía para obedecer, para doblegarse ante sus amos.

Comenzó a jadear. Podía notar como su respiración se condensaba en el frío suelo en el que tenía apoyada la cara. Poco a poco los jadeos se convirtieron en gemidos y se hicieron cada vez más audibles. Javier, al escuchar la reacción de la mujer comenzó a aumentar el ritmo de la enclada, haciendo que a su vez los gemidos de la esclava aumentasen.

Lorena no se podía creer lo que estaba sintiendo, pero ya se había

abandonado a sus sensaciones, sólo se dejaba llevar y disfrutaba del nuevo mundo de sensaciones que estaba sintiendo. Comenzó a sentir calor en el pecho y a ser extrañamente consciente de sus tetas. Las notaba mucho más sensibles que antes, era consciente sobremanera de cómo sus tetas se balanceaban ante cada embestida de Javier, y cómo ese movimiento hacía que sus pezones rozasen el suelo una y otra vez. Notaba sus tetas hinchadas, pero extrañamente placenteras. Intentó bajar la mirada y vio sorprendida como unos pequeños chorros de leche brotaban de sus pezones, un hormigueo comenzó a recorrerla desde ellos y se expandió por todo su cuerpo.

Javier comenzó a gruñir, agarró a la esclava fuertemente de la cintura e hizo una última y potente penetración, corriéndose abundantemente dentro de la mujer, Lorena notó como el líquido caliente la invadía y como unos instantes después la polla de Javier salía de su abierto culo.

Lorena se quedó allí, en la misma posición en la que le habían ordenado colocarse hacía unos minutos (¿cuánto había durado? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Años? No sabría decirlo), la cara pegada al suelo y el culo en pompa, sus manos separando todavía sus nalgas. La única diferencia era que su ojete ya no estaba cerrado y rosado, si no que estaba completamente abierto como si fuera un agujero negro en el centro de su culo, y totalmente enrojecido por la fricción.

No había llegado a correrse, pero el placer que le había producido esa práctica hasta ahora prohibida había sido más profundo y más intenso que cualquier otro placer que hubiera sentido, notaba como cada poro de su cuerpo supuraba de éxtasis. Escuchaba como los dos hombres conversaban entre ellos, le llegaban fragmentos sueltos de la conversación, pero no prestaba atención. Hablaban de como Javier la había sometido y de cómo al final lo había disfrutado, estaban alabando su culo y Lorena creyó escuchar que hablaban algo sobre chorros de leche. Rieron.

Notó como los hombres la levantaban por los hombros y la llevaban a la máquina vacía que había en la sala. Ella sólo se dejaba hacer, estaba derrengada. El cencerro sonaba por toda la habitación de nuevo.

Comenzaron a sujetar sus manos y piernas a la máquina y a ponerle los electrodos que la conectarían al ordenador, ¿De verdad no iba a reaccionar? Aunque, ¿Tenía sentido que lo hiciera? Estaba totalmente sometida.

En ese momento la puerta se abrió y apareció Elsa, acompañada de una esclava tras ella que iba ataviada con el cencerro, los cuernos y demás

aparejos, tal y como estaban el resto de esclavas de la sala.

—Aquí traigo a la vaca que os faltaba... ¿Qué está pasando aquí?  
—Preguntó Elsa.

—¿No era esta la esclava que teníamos que ordeñar? —Preguntó Rob.

—No... —contestó la mujer —Esta es... ¿No es la nueva esclava de Talía?

—Sí —dijo Javier —. La encontramos figando donde no debía.

—Su ama la está buscando, lleva horas desaparecida.

¿Horas?

Los hombres comenzaron a desengancharla de la máquina.

—Espero que hayas aprendido cuál es tu lugar, zorra —dijo Javier, mientras la guiaba hasta Elsa —. Y si tu culito echa de menos a mi polla, ya sabes.

Lorena casi no podía andar, le dolía el culo, las piernas, la boca, el coño...

Elsa le quitó el cencerro y volvió a colocarle la cadena, tirando de ella la sacó de la sala.

—Así que eres una zorra curiosa... —Le dijo Elsa —. Seguro que Javier y Rob te han enseñado que la curiosidad mató al gato.

Mientras caminaba, chorros de semen caían por sus muslos procedentes de su coño y su culo y, para completar la estampa, gotitas de leche caían de sus pezones.

Se sentía como un trapo viejo, había aprendido a marchas forzadas lo que significaba ser una esclava, lo que había aceptado al entrar en aquél lugar. Todavía no era consciente de ello, pero en aquella sala algo había hecho CLICK en su cabeza.

Lorena seguía dócilmente a Elsa a través de la sala, aunque le costaba caminar de una manera normal, le dolía el culo, el coño, las tetas, las piernas... Juraría que hasta le dolían las pestañas. Mientras caminaban la mujer podía observar cómo la sala estaba mucho más vacía que antes y también que la gente que quedaba ya no estaba hablando animadamente mientras se tomaban algo, se habían juntado en pequeños grupos que se entretenían teniendo sexo o humillando a sus esclavos. Pero ella atrajo completamente la atención de Lorena.

Allí estaba Talía.

Estaba sola, esperándoles. Los brazos cruzados sobre su pecho, la mirada severa y los labios juntos formando una pequeña línea indicaban que no estaba de buen humor. Lorena agachó la cabeza, sabedora de que ella era la

culpable del malestar de su ama.

—Aquí la tiene de nuevo —dijo Elsa, repitiendo la escena de unas horas antes.

—Muchas gracias, Elsa —dijo lacónicamente la joven, cogiendo la cadena que la mujer le ofrecía.

Talía se quedó en silencio mirando como Elsa se alejaba, Lorena quería explicarle a la joven lo que le había pasado, que no había sido culpa suya, que estaba buscando las bebidas, pero...

¡PLAF!

Una fuerte bofetada sacó a la esclava de sus pensamientos.

—Yo... No fue culpa mía... —Se justificaba la mujer mientras se frotaba la mejilla enrojecida. En ningún momento se le pasó por la cabeza recriminar a su ama por la bofetada.

—¿A qué crees que estás jugando? —Le recriminó Talía.

—No, yo sólo... Pensé que...

—¿Pensaste, ¿qué? ¡Creía que había quedado claro a que venías aquí! Te advertí, te dije lo que ibas a encontrar y no te oculté nada —Talía señalaba acusadoramente con el dedo a Lorena, se lo clavaba en el pecho a cada palabra —. ¡Y lo primero que hiciste al llegar es obligarme a castigarte! Aun así, tonta de mí, te doy la oportunidad de librarte del castigo y te vuelvo a advertir, que esto no es un juego, que aquí dentro no eres más que una esclava, ¡Una puta esclava! ¡Para mí y para todos! Pongo mi reputación en juego por ti, ¿Sabes que voy a ser la comidilla durante semanas? "La señorita Talía, la que no es capaz de adiestrar a una esclava de mierda" —decía, poniendo vocecilla, como haciéndose burla —, ¿Qué quieres que haga ahora? Mi cuerpo me pide que te dé un castigo ejemplar, y es lo que haría ahora mismo si fueses una esclava de verdad, pero ¿sabes qué? —Lorena permanecía en silencio, apartando la mirada. Quería desaparecer de allí, se sentía pequeña y despreciable —Me importa una mierda. Me importas una mierda tú y me importa una mierda lo que haya pasado con tu hija.

—¿Qué? —Lorena la miró, sorprendida.

—Lo que has oído. He puesto en juego mi reputación para ayudarte a encontrarla, y así me lo pagas. Así que se acabó, vete a tu casa. No voy a castigarte por lo que has hecho, pero tampoco voy a ayudarte más, desaparece de mi vista y vete a tu casa.

Diciendo esto Talía se dio media vuelta y se alejó de Lorena.

—¡Espera! ¡Por favor! —gritaba Lorena mientras se acercaba a la joven —¡No puedes dejarme así! Sin ti nunca encontraré a Lucía... —sujetó a Talía del brazo para obligarla a darse la vuelta, y todo lo que obtuvo por respuesta fue una nueva bofetada que la hizo caer al suelo.

—¡Ni se te ocurra tocarme! No estoy dispuesta a aguantar a una esclava de mercadillo.

Y con esa frase se alejó definitivamente de la mujer.

Lorena se vio allí, sola, dolorida, abandonada. Se levantó y trotó aguantando el dolor hasta la sala en la que se había desvestido al llegar (¿era la 157?), por el camino no se cruzó con nadie, pero sí que vio multitud de puertas, algunas entreabiertas y otras cerradas, pero ya no se atrevió a curiosear en ninguna.

No sabría decir exactamente lo que pasó al salir del Club. Sabía que cuando llegó a la habitación 157 allí estaba su ropa, incluso su lencería. Sabía también que había notado el frío aire de la noche al salir, y que al sentarse en el coche un grito de dolor se escapó de su boca. Un recuerdo de Javier el "rompeculos", se dijo, mientras apretaba los dientes para soportarlo.

Se despertó a la mañana siguiente tirada boca abajo en el sofá del salón, no había sido capaz de llegar al dormitorio, ni siquiera se había quitado la ropa. Le costó un mundo levantarse, pero lo hizo y se dirigió a la bañera. Al quitarse la ropa pudo ver como tenía las piernas y el pecho lleno de semen seco, así como las bragas. Tiró la ropa a un lado y se sumergió en el agua cálida. El cuerpo le seguía doliendo, pero el baño mitigaba el dolor.

Estuvo horas dentro del agua, hasta que se quedó helada, entonces salió y comenzó a secarse. Maldijo a los dioses cuando vio como sus tetas todavía soltaban chorros de leche, ¿Hasta cuándo iba a durar eso?

Pasó el resto del día tumbada en su cuarto, con las luces apagadas, dándole vueltas a la cabeza. Estuvo rememorando cada momento que había vivido la noche anterior, se acordó del miedo, las dudas, la inseguridad, el sentirse desvalida y abandonada, la sensación de ser un pedazo de carne... pero también se acordó de la excitación que sentía, la sumisión, la curiosidad y el placer.

No podía negarlo, aunque lo intentaba con todas sus fuerzas y se decía a si misma que no, que era imposible, que simplemente era el fruto de la tensión a la que se había visto sometida no podía renegar de lo que había sentido. Se había excitado al sentirse dominada por Talía, por su ama, se había excitado al ser obligada a chuparle la polla a otro esclavo, le había excitado el miedo al castigo y sobre todo le había excitado el ser sometida. Recordaba como Javier y Rob la habían doblegado, le habían puesto en el lugar que le correspondía, que no era otro que el de una esclava y habían hecho de ella un mero juguete, una simple marioneta para su placer...

Aún sentía su culo palpar de dolor, lo tenía irritado y enrojecido, pero ahora veía el sexo anal con otros ojos, había sentido un placer tan profundo... tan intenso... era completamente distinto a cualquier otra sensación que hubiera tenido antes, era un placer físico y mental, era como entregar hasta la última parte de su mente y de su alma, una entrega completa y total.

Se sorprendió a sí misma acariciando su coño, con suavidad. Recorría con cuidado los pliegues de su sexo, mientras con su mente buceaba en sus recuerdos. No tardó en alcanzar el orgasmo, pero no se detuvo después, si no que continuó masturbándose hasta caer dormida de cansancio.

Su mente no abandonó los lujuriosos pensamientos mientras dormía, y se sumió en una retahíla de sueños húmedos que la hicieron sentirse culpable al despertar, culpable de no haberse acordado de su hija todavía, de haberla

desplazado de su mente en favor de sus fantasías, ¿Cómo podía priorizar su placer por encima de la búsqueda de Lucía?

Entonces, su cerebro le jugó una mala pasada, una de esas jugarretas inconscientes en las que tu mente actúa por libre, que ocurren a veces y no podemos evitar y pensó en si Lucía también habría sido estrenada por Javier. La sola idea la aterrorizó y excitó a partes iguales, ¿es que se estaba volviendo loca? Apartó esa idea de su mente y a su pesar fue sustituida por otra, ¿realmente Javier podría estrenarla? ¿o su hija ya habría...?

¡No! Se obligó a pensar en otra cosa, cerró los ojos y respiró hondo, ¿qué podía hacer? Había perdido toda oportunidad de volver a entrar en el PomumVetitum, Talía le había dejado claro que no quería "esclavas de mercadillo". Se planteó ir a la puerta del local hasta encontrarse con alguien, y recordó cómo le habían dado largas la primera vez. Entonces se le ocurrió algo. Era descabellado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Se levantó y corrió a por su móvil, buscó en el historial de llamadas y encontró su número.

Un tono. Otro más. Y otro. Lorena estaba impaciente, paseando de un lado a otro del cuarto. Entonces una voz contestó.

—¿Qué quieres?

—¡Talía! Necesito hablar contigo.

—Te dije que desaparecieras de mi vista.

—¡No me cuelgues, por favor! ¡Espera...! —Lorena escuchó como su interlocutora aguardaba en silencio —Necesito tu ayuda para encontrar a Lucía.

—No me importa, intenté ayudarte desinteresadamente y no he conseguido nada más que desprecio y desobediencia por tu parte. Pensaste que esto era un juego, me ninguneaste y dejaste en ridículo.

—Lo sé, y lo siento. Ya sé que no vas a aceptar ayudarme por nada, que no quieres más esclavas de mercadillo.

—¿Y qué me ofreces entonces?

—Si me ayudas seré tu esclava a tiempo completo, sin condiciones.

Talía dejó pasar unos segundos, sonreía tras el teléfono, pero Lorena no podía darse cuenta de ello.

—¿Eres consciente de lo que me estás ofreciendo?

—Sí.

—Convertirse en esclava no es un juego, no será como ayer. A mis

esclavas les exijo obediencia absoluta y sumisión plena.

—Sí.

—Me pertenecerás completamente, tu cuerpo, tu mente, tu placer, tu dolor... ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí, ama —contestó Lorena.

—De acuerdo. Te dejo el día de hoy para que cierres cualquier asunto que tengas pendiente, mañana a primera hora pasaré a buscarte y serás trasladada a tu nueva residencia.

—Sí, ama —Lorena tragaba saliva, consciente del paso que estaba dando y lo que suponía.

—No hace falta que prepares equipaje.

Y tras esa frase Talía colgó.

Lorena se quedó quieta con el teléfono en la mano durante quién sabe cuánto tiempo, ¿Qué acababa de hacer? ¿Realmente estaba preparada para convertirse en una esclava de verdad? Todo esto lo hacía por su hija, pero era consciente de que ya no era un "juego" de una tarde como lo había sido el día anterior, se había ofrecido como esclava a tiempo completo, y no sabía si habría forma de revertirlo ¿Qué pasaría cuando encontrase a Lucía?

Le empezó a doler la cabeza y evitó pensar en eso, problemas del futuro —se dijo —ahora lo importante era que volvía a tener un hilo que seguir en la búsqueda de su hija.

Talía aparcó su coche en la puerta de la casa de Lorena, un enorme SUV plateado con las ventanas tintadas. Estaba satisfecha, todo estaba saliendo según había planeado. Había resultado bastante sencillo que Lorena se ofreciera ella misma como esclava, tenía todo planeado para llevarla a tomar esa decisión, pero la curiosidad de la mujer y la intervención de Javier y Rob habían acelerado y facilitado las cosas. Esa madurita era una sumisa de los pies a la cabeza, lo había notado desde el primer vistazo, y sólo hacía falta tocar las teclas pertinentes para despertar esa parte de su personalidad.

Le encantaba jugar con la mente de sus esclavas, moldearlas y pulirlas de tal manera que fuesen ellas las que creyesen que estaban decidiendo su destino, aunque realmente tenían el mismo poder de decisión que un perro al que le preguntas si quiere salir a la calle.

La joven bajó del auto y caminó firme hasta la puerta de la casa.

Lorena se sobresaltó. Llevaba en un estado de nerviosismo desde el día anterior, no había pegado ojo y su cabeza había estado dando vueltas a su

situación continuamente. Y ya estaba aquí, estaba a punto de cruzar el punto de no retorno, de abrirle la puerta a la que a partir de ahora sería su Ama (esa palabra resonaba en su mente, hacía eco y le producía un extraño vértigo en esos momentos), de entregarse totalmente a ella. Sentía miedo, nervios, curiosidad, ansiedad, deseo... Todos los sentimientos se arremolinaban en su estómago, sentía que iba a vomitar allí mismo, necesitaba gritar, cerrar los ojos, llorar, desaparecer, pero el único impulso que realmente sentía, el que dominaba a todos los demás, era una ansiedad por salir corriendo hacia la puerta y dejar entrar a su destino.

Intentó caminar recta y serena, ya no le dolía tanto el cuerpo como los días anteriores, agarró el pomo de la puerta y la abrió antes de que sus nervios la obligasen a esconderse en algún lugar de la casa.

Allí estaba ella, su ama, lucía unos sencillos vaqueros ajustados y una blusa negra, voluble y ligera, unas gafas de sol y unos botines de tacón.

—B—buenos días —saludó Lorena—. Pasa, por favor.

Pero antes de que acabase la frase Talía ya había entrado en la casa. Observó detenidamente el vestíbulo y entonces miró a Lorena de arriba a abajo. El tiempo parecía eterno para Lorena, no se atrevía a mirar a Talía a los ojos. No sabía si era sugestión al saber en lo que se estaba metiendo, pero la joven le imponía mucho más que en su anterior visita.

—Desnúdate —dijo Talía.

Lorena estaba preparada para eso, llevaba puesto un vestido florido de tirantes. Llevó su mano a uno de los tirantes y lo desanudó. Hizo lo propio con el otro, dejando que el vestido cayera a sus pies. Debajo del vestido estaba completamente desnuda. Talía sonrió para sus adentros, aunque no dejó entrever nada a su nueva esclava. Lorena se deshizo de sus sandalias y dio un paso al frente para liberarse del vestido por completo.

Talía se acercó a la mujer y la observó de arriba a abajo, acarició sus tetas y las sopesó. Unas gotitas de leche caían de los hinchados pezones. Introdujo la mano en su entrepierna y acarició su coño, comprobando su humedad, la rodeó y acarició su culo.

—Inclínate y separa tus nalgas —ordenó.

La esclava hizo lo que le decían sin dudar. Notaba como sus tetas, hinchadas todavía por las inyecciones que le pusieron, se balanceaban mientras se inclinó. Talía pasó un dedo desde el coño de Lorena hasta la raja del culo, y la pasó a través de ella. El ojete de Lorena estaba ligeramente

enrojecido aún, pero ya no le molestaba. La joven volvió a situarse ante la mujer y, sujetándola de la barbilla le obligó a levantarse.

—Esta vez no es un juego —dijo, seria—. Si sales de esta casa conmigo no habrá marcha atrás, ¿Está claro?

—Sí... —Talía taladró con la mirada a Lorena —...ama —finalizó ésta, al darse cuenta de su error. La joven suavizó la mirada.

—A partir de ahora te convertirás en mi esclava, 24 horas al día, 7 días a la semana. En cualquier lugar. En cualquier situación. Obedecerás cada una de mis órdenes sin rechistar, ¿Entendido?

—Sí, ama.

—No permitiré rebeliones ni desobediencias por tu parte, y tampoco que salgas a curiosear —Lorena se sonrojó al escuchar esa acusación. se sabía culpable y quería remediar su error—. Por ello serás adiestrada.

Lorena levantó la mirada sorprendida y miró a su ama a los ojos. Al percatarse de su error bajó rápidamente la vista.

—¿Adiestrada? —preguntó.

—No abras la boca si no eres preguntada. ¿Has entendido?

—Sí, ama.

—Sí. Adiestrada. Si vas a ser mi esclava tendrás que saber comportarte como tal, y estar preparada para atender todas y cada una de mis peticiones. Para ello seguirás un curso de adiestramiento. Hasta que no lo superes no continuaremos con la búsqueda de tu hija.

A Lorena le temblaron las piernas, ¿Cuánto tiempo podría ser eso? ¿Días? ¿Meses? ¿Años?

—Y ahora vamos, es hora de que empieces con tu nueva vida.

Talía se dirigió hacia la puerta. Lorena se agachó a coger el vestido.

—¿Qué estás haciendo? —Le dijo la joven, volviéndose a mirar a su esclava.

—Estoy cogiendo mi ropa...

—No necesitas tu ropa. Andando. —Talía le señaló la salida con la mano, el gesto severo de su cara indicaba a Lorena que no había opción a réplica.

Se le puso la carne de gallina, ¿pretendía que saliera desnuda a la calle? Cualquiera podría verla, llevaba muchos años viviendo en aquella casa, conocía a los vecinos y los vecinos la conocían a ella, siempre había sido una mujer respetable... —Pero ahora eres una esclava —le dijo una vocecita que salía de lo más profundo de su mente —, ya no eres la mujer respetable que

una vez fuiste —. Sabía que se estaba entregando voluntariamente a aquella mujer, pero ilusamente había creído que eso no repercutiría en su vida privada —¿Vida privada? ¡JA! —, veía como salir a la puerta de su casa desnuda era el primer paso de los muchos que tendría que dar a partir de ahora.

Avanzó lentamente, sin pensar y sin mirar a su ama. Abrió la puerta y la luz del sol bañó su piel desnuda, mientras que una ligera brisa la acarició distraídamente. Su piel se erizó ante la vergüenza y la excitación que sentía, alzó la vista y miró al despejado cielo que se mostraba ante ella.

—Camina hasta el coche plateado —ordenó Talía.

Lorena puso un pie en el áspero suelo de la calle, y tras ese puso el otro. Era incómodo caminar así, podía notar cada imperfección del suelo en la planta de sus pies. Un paso más, y otro y después otro. No quiso mirar a los lados. No quiso comprobar si había alguien observando, el verlo con sus propios ojos habría sido demasiado.

Cuando llegó a la altura del coche sintió alivio, pero cuando intentó abrir la puerta trasera la encontró cerrada. El rubor acudió rápidamente a su cara, ¿Qué iba a hacer ahora? Se giró para buscar a Talía, que no había salido todavía de su casa, estaba ahí parada, observándola divertida. Ahora sí que miró a su alrededor, asustada. Había asumido que solamente sería un indecoroso camino hasta el vehículo, pero ¿por qué no le abría la puerta?

Vio como Talía cerraba lentamente la puerta de la casa y comenzaba a caminar con calma hacia el coche. Cada paso que daba se le hacía eterno. Cuando estaba a un par de metros de ella se paró y comenzó a rebuscar en su bolso.

—¿Dónde habré metido las llaves? —preguntó con sorna.

La cara de Lorena ardía, creyó que le iba a explotar de un momento a otro. Casi podía visualizar como Roberto, el anciano que vivía junto a su mujer, Violeta, en la casa de al lado, la observaba desde la ventana del salón, mientras llamaba a su mujer (¿Qué está haciendo la vecina, cariño? ¡Está loca!). Casi los podía oír en su cabeza. Casi podía ver también al chico de sus otros vecinos, Marco se llamaba, mirándola ansioso desde su habitación, estaba segura de que se estaría masturbando mientras la miraba, pues siempre la había mirado con deseo. Estaría asombrado e intrigado de por qué la soberbia madurita que vivía a su lado estaba desnuda en su jardín.

Ninguna de estas cosas estaba sucediendo, pero la avergonzada esclava

no lo sabía y por su mente volaban todas las posibilidades.

—¡Aquí están! —exclamó Talía sacando las llaves de su bolsillo —¡Al final las tenía en el bolsillo! —Abrió el coche y Lorena se apresuró a entrar —¿Dónde crees que vas, esclava? —El rubor que había subido a la cara de Lorena desapareció de golpe y se quedó pálida, estaba hablando a un volumen en el que cualquier persona que estuviese cerca habría oído llamarla esclava, y la vería obedecer sumisamente a continuación —¿Crees que irás en el asiento de atrás tranquilamente mientras yo conduzco? ¿Qué crees que soy? ¿Tu taxista?

Lorena salió del coche avergonzada y asustada, no sabía muy bien lo su ama quería que hiciera, así que simplemente se quedó ante ella, con la cabeza agachada. Talía se situó en la parte trasera del coche y abrió el maletero.

—Vamos, adentro —Dijo.

—¿E—en el maletero?

—¿No me has oído o es que eres corta de entendederas? Si, en el maletero, vamos.

Lorena avanzó dubitativa, casi trastabillándose. Se situó ante el portón trasero del coche y miró el interior del maletero, estaba recubierto con unas mantas acolchadas. En los lados colgaban correas y cuerdas, en cuyos extremos había grilletes de distintos tamaños, también acolchados por el interior.

La mujer entró donde le indicaba la joven. No le quedaba otra que colocarse hecha un ovillo pues, aunque el maletero era amplio, no era lo suficientemente grande como para estar estirada. Talía cogió las correas y comenzó a amarrar a su esclava con los grilletes. Lorena no hizo nada para evitarlo, pero estaba temblando aterrorizada ¿Dónde se estaba metiendo?

Los grilletes en sus muñecas, tobillos, cuello y cintura la mantenían casi inmóvil, en una posición bastante incómoda. A continuación, Talía le acarició suavemente la cara.

—Tengo que asegurarme de que no le pasa nada a mi nueva esclava durante el viaje, ¿verdad?

La caricia continuó desde la cara hasta el cuello, para continuar por los pechos, pezones y vientre de la mujer. El cuerpo de Lorena reaccionó inmediatamente a la caricia de Talía pues, a pesar de la vergüenza y la humillación, la situación de salir desnuda a la vista de cualquiera la había excitado sin remisión. Se sentía completamente a merced de la joven, atada y

desnuda como estaba, y notaba el contacto de su mano como si fuese lo único que existía en ese momento. Sabía el camino que había tomado la caricia y estaba deseando que llegara a su destino. Separó inconsciente sus muslos, o al menos lo intentó, pues las correas y grilletes no le permitían mucho movimiento.

Efectivamente Talía siguió con su caricia en dirección a la entrepierna de Lorena, pero en vez de continuar hasta su coño, simplemente lo bordeó y continuó su caricia por la cara interna del muslo. Al pasar la mano al lado del coño de Lorena pudo notar el calor que desprendía y un ligero gemido de decepción por parte de la mujer.

La joven recorrió la pierna de su esclava y al llegar al extremo abrió un pequeño compartimento en el maletero. Lorena no tardó en saber que había cogido. Una mordaza con un pene de plástico que fue obligada a tragar, y después le fue ajustada tras la nuca. No era muy grande (al menos no tanto como las pollas que tuvo que tragar en el Club), pero se le hacía bastante incómodo tener la boca ocupada de aquella manera.

Entonces Talía cerró el portón dejándola completamente aislada y a oscuras. Lorena pudo escuchar como su ama se montaba en el coche y arrancaba, alejándose del que había sido su hogar hasta entonces. Lo que la mujer no sabía era que nunca volvería a ver aquel lugar.

Notó como el coche frenaba y se paraba, el viaje transcurrió durante un tiempo indeterminado para la percepción de Lorena, al principio intentó atender a los giros, baches y movimientos del coche para saber dónde se dirigían, pero en un par de minutos había perdido toda referencia.

El portón se abrió de repente dejando entrar una luz cegadora en el maletero. La mujer podía entrever la silueta de su ama a contraluz, que comenzó a liberar sus ataduras. Lorena bajó del maletero con los músculos entumecidos y entrecerrando los ojos aún, adaptándose al sol. Miró a su alrededor como pudo y vio que se encontraban en una amplia finca llena de jardines. El coche estaba aparcado en un camino asfaltado que atravesaba los jardines de tal manera que no se podía ver su comienzo, en cambio su final sí. Una enorme mansión se alzaba ante ellas.

La esclava se frotaba las muñecas en el lugar donde había tenido los grilletes mientras Talía cerraba el portón y el coche.

—Sígueme —dijo.

Y Lorena la siguió. La siguió por el camino de entrada hacia la casa, la

siguió por la breve escalinata que había antes de la puerta principal, la siguió a través del doble portón de madera que daba entrada al lugar y entonces dejó de seguirla.

Dejó de seguirla porque no podía hacer otra cosa que mirar anonadada a su alrededor. Parecía que se encontraba en una película, pero no, allí estaba ella, de pie, desnuda, en un enorme vestíbulo con alfombras, murales, tapices, enormes lámparas que colgaban del techo... Eso no era una mansión, parecía un palacete. Dos accesos sin puerta, uno a cada lado del vestíbulo, daban acceso a otras salas, y ante ella se erigían unas amplias escaleras que llevaban al piso superior. ¿Quién era Talía realmente? En algún momento le había dicho que a El Club sólo tenían acceso personas de alto poder económico y social, pero no había pensado que Talía estuviese a ese nivel...

—¿A qué estás esperando? —Talía se encontraba a mitad de las escaleras de subida, esperándola.

Lorena aceleró el paso para alcanzar a la joven, que continuó con la marcha.

—En el piso de arriba se encuentran los dormitorios —explicaba Talía—, tú dispondrás del tuyo propio, para las ocasiones en las que te haga falta utilizarlo —Esa frase dejó intrigada a Lorena, dejaba entrever que no en todas las ocasiones podría dormir en su cuarto —. Aquí está.

Talía se detuvo ante una sencilla puerta de madera, señalando con la mano el picaporte, indicando a su esclava que tenía permiso de entrar. Lorena abrió la puerta y vio un sencillito dormitorio con una cama en el centro, sin ventanas y con un pequeño armario empotrado. La cama era de hierro forjado estaba anclada a la pared y al suelo de forma que no se podía mover. A lo largo de la pared y en la cabecera y pies de la cama, había varias argollas, que servirían para encadenar a la esclava de igual manera que en el coche.

La dueña de la casa esperaba pacientemente en la puerta, dejando a su nueva esclava contemplar su cuarto, cosa que hizo con interés. Se acercó a la cama y tocó el colchón, parecía cómodo. A continuación, se acercó al armario y lo abrió para ver el interior. Se llevó la mano a la boca al ver el interior, un gesto bastante cómico dada la mordaza que le impedía emitir cualquier sonido inteligible.

El armario se dividía en tres partes, en una había una barra con perchas, todas vacías. En otra había varios cajones, que más tarde vería que también estaban vacíos. Pero la que le llamó la atención fue la última zona. En ella

había un completo arsenal de juguetes sexuales, penes de plástico de diferentes tamaños y colores, vibradores, grilletes, cadenas, fustas y látigos, mordazas, unas pequeñas pinzas que no quiso saber para qué servirían, cuerdas...

Un sudor frío comenzó a recorrer su nuca, bajando por su espalda, algunos de esos consoladores tenían un tamaño enorme, tanto de ancho como de largo, ¿Cómo podrían pensar que sería capaz de usar algo así?

—¿Ves esos grilletes y ese collar? —Preguntó Talía. Lorena asintió —Esos serán los únicos objetos que podrás reconocer como de tu propiedad —la mujer observaba aquellos burdos trozos de hierro, pensando en las implicaciones de aquella afirmación —. Ponte los grilletes.

Lorena cogió los grilletes y los observó detenidamente, no pesaban mucho, pero tampoco eran ligeros. Estaban hechos de acero pulido y la parte interna recubierta de un acolchado para que no le saliesen heridas en la piel. El tacto era frío y suave constaban de una pequeña argolla para poder acoplar una cadena.

Se puso primero el grillete en la muñeca izquierda, escuchando un pequeño clic que indicaba que estaba cerrado. Se observó la muñeca, el grillete se ajustaba perfectamente a ella, parecía hecho a medida. A continuación, hizo lo propio con el grillete restante.

Lorena miró a Talía que la observaba impertérrita.

—Ahora el collar —la mujer cogió el collar, que era algo más fino que los grilletes, pero obviamente más grande para adaptarse al tamaño de su cuello. Le pareció que tenía un pequeño resplandor en la cara interna, pero no le dio importancia y se lo acercó al cuello —. Un momento —la detuvo la joven —. Quiero que entiendas que este es el último paso que vas a dar voluntariamente en tu vida. Si no te quieres poner ese collar todavía puedes no hacerlo, volveremos a entrar en el coche y te llevaré a tu casa de nuevo, nos olvidaremos de todo y no volverás a verme ni a tener contacto conmigo jamás. Volverás a cómo era tu vida antes de conocerme.

Lorena lo pensó. La última semana había sido un vaivén de emociones, la desaparición de Lucía, la aparición de Talía, el descubrimiento de un mundo nuevo, su jornada en El Club, el ofrecimiento de sumisión hacia Talía... Todavía podía olvidarse de todo aquello... Olvidarse de todo lo que había descubierto en los últimos días, los amos, los esclavos, El Club, las Pony Girl, las máquinas ordeñadoras, Javier el "rompeculos"... Y un nuevo mundo

de placer, de orgasmos, de sumisión y de entrega... Las pistas sobre la localización de Lucía también se desvanecerían y sabía que, por lo que le había contado Talía y ella misma había visto con sus propios ojos, no habría manera de encontrarla.

Talía dejó escapar una amplia sonrisa en su rostro al ver cómo Lorena sellaba su entrega hacia ella y se ajustaba el collar al cuello. El mismo chasquido que sonó al ponerse los grilletes se reprodujo en esta ocasión, pero a la mujer le pareció un ruido lapidario, como el de un martillo golpeando en un yunque y forjando el último eslabón de la cadena que se ella misma se estaba poniendo.

Lorena bajó sus manos a la altura de su cintura y se situó frente a su ama, con la cabeza gacha en señal de sumisión. Ésta se acercó a ella y le acarició el pelo en un gesto paternal. La esclava se estremeció, cosa que no pasó desapercibida a Talía.

—Estás disfrutando de todo esto, ¿Verdad? —le dijo. Acto seguido pellizcó sin miramientos uno de los pezones de su esclava, haciéndola retorcerse y soltar un ahogado grito a través de la mordaza —Vamos, te enseñaré el resto de la casa y cuáles serán tus tareas.

Lorena caminaba tras su ama por la casa, mientras ésta le enseñaba la cocina, el salón, los baños, los dormitorios... ¡Incluso un gimnasio! Pasaron por delante de una puerta que estaba cerrada a cal y canto, y de la que Talía no hizo mención. Por último, llegaron al cuarto de Talía. Era una estancia enorme y luminosa, con un baño a juego con el tamaño de la habitación.

—Este es mi dormitorio —Sentenció. Lorena miraba alrededor asombrada, parecía la habitación de una reina —. Ven aquí —ordenó la joven.

Acto seguido retiró la mordaza de la boca de su esclava, ante lo cual la mujer comenzó a mover la mandíbula de un lado a otro; la tenía acartonada.

—¿Qué te parece tu nuevo hogar? —preguntó Talía.

—Es... Es maravilloso, ama.

—Tú serás la encargada de mantenerlo todo limpio y en perfecto estado —Lorena abrió los ojos por la sorpresa, por un lado, la casa era enorme para hacerlo ella sola, y por otro... por otro creía que sus cometidos serían... distintos —. En el momento en el que vea que no haces bien tus tareas serás castigada, ¿Entendido?

—Sí, ama.

—Te encargarás de despertarme por las mañanas y prepararme el desayuno, comida y cena. Cuando acabes tus tareas y yo no esté en casa, quiero que te ejercites en el gimnasio, una buena esclava tiene que estar en buena forma. Y si yo estoy en casa permanecerás a la espera de nuevas órdenes sin molestar, ¿Entendido?

—Sí, ama —repitió Lorena, pensando que esto no era completamente lo que estaba esperando.

—También serás adiestrada para ser una buena esclava, yo seré quien te dará las nociones básicas —Lorena se puso nerviosa, eso daba a entender que el resto del entrenamiento correría a cargo de otra persona... —. Permanecerás completamente desnuda a no ser que se te ordene otra cosa, obviando por supuesto collar y grilletes. No tendrás permitido tener sexo con nadie sin mi permiso, ni siquiera tienes permiso para masturbarte —Lorena enrojeció, y un impertinente cosquilleo surgió en su entrepierna —. Tienes prohibido llegar al orgasmo sin pedir permiso, en caso contrario serás castigada ¿Te queda claro?

—Sí, ama —La respiración de la esclava comenzó a tornarse más lenta y profunda.

—No tienes permiso para tomar ninguna decisión por ti misma. Sólo existes para obedecer a tu ama. Ya no tienes poder de elección, solamente existes para servir y para dar placer. Tu cuerpo no te pertenece, tu mente no te pertenece, ¿Entendido?

—Sí, ama —Los pezones de Lorena estaban erizados, dejando caer lentamente gotitas de leche. El rubor dominaba su cara, las orejas le ardían, y su coño...

—Serás igual de servil con mis invitados como lo serás conmigo, les obedecerás y complacerás de manera que no tengan ninguna queja de ti, porque si tienen queja de ti, tienen queja de mí, y no quieres eso, ¿verdad?

—No, ama —Lorena prestaba atención, pero cada vez le costaba más. La situación estaba comenzando a desbordarla.

—Serás entrenada por y para el placer. Tu boca, tu coño, tu culo —al escuchar esto la imagen de Javier vino a la mente de Lorena y, contrariamente a lo que quería pensar ("ya no tienes permitido pensar"), su cuerpo se estremeció —, tus tetas, sólo serán objetos a disposición de tu ama. Tú por completo sólo serás un objeto para servir a tu ama.

Talía observaba a Lorena, medía cuidadosamente sus reacciones y lo que

veía la satisfacía. Aquella mujer era una sumisa de los pies a la cabeza...

Se acercó a un tocador y extrajo un pequeño dispositivo de uno de los cajones. Acto seguido se acercó a su esclava, acercó el dispositivo al collar y Lorena pudo escuchar un ligero PIP que surgió del mismo y notó un pequeño pinchazo en un lateral de su cuello.

El dispositivo era similar a un móvil, tenía una pantalla en la que comenzaron a aparecer datos.

—¿Ves esto? —Preguntó Talía —Gracias a este cacharrito, que acabo de sincronizar con tu collar, puedo saber tu estado y tu localización en cualquier momento —Le enseñó la pantalla a la anonadada mujer. En ella aparecía la silueta de un cuerpo humano y diversos datos de cada zona: pulsaciones, temperatura corporal, nivel de la respiración, localización actual, agotamiento... —. Has notado un pequeño pinchazo en tu cuello, ¿Verdad?

—Sí, ama. ¿Q—qué era?

—Se han introducido en tu torrente sanguíneo unas pequeñas nanomáquinas para controlar de mejor manera posible tu estado físico y mental.

—¿Cómo...? ¿Para qué...? —Lorena comenzó a agitarse. Talía la miró de forma severa —¿Qué vas a hacer con eso?

—El collar que llevas es un accesorio muy interesante... —dijo haciendo caso omiso a sus preguntas—. Gracias a él puedo saber toda la información que necesito de ti, pero, además, me permite hacer esto...

Talía tocó la pantalla y una fuerte descarga sacudió a Lorena desde el collar. La mujer gritó y cayó al suelo de rodillas.

—Creí haber dejado claro que no abrieses la boca si no eras preguntada —Lorena jadeaba en el suelo, acariciándose el cuello —. Levanta... ¡Levanta! —repitió la joven, al ver que la esclava tardaba en obedecer.

Volvió a tocar la pantalla un par de veces y una nueva descarga golpeó a la mujer, pero esta vez fue algo suave, casi como un toque de atención, pero fue suficiente para que la esclava se levantara casi de un salto. Tenía los ojos llorosos.

—Como verás, se puede regular la intensidad. Por tu bien, espero que no me obligues a usarlo —Lorena seguía frotándose el cuello, asustada.

Talía miró la pantalla, aquél aparato era maravilloso, podía ver como las pulsaciones de Lorena habían subido al recibir la descarga y cómo se estaba regulando al relajarse de nuevo, y también podía ver cómo la temperatura del

coño de su esclava era más alta que la del resto de su cuerpo... Aquella zorra estaba cachonda a pesar de todo. Talía se sentó en la cama.

—Arrodíllate y ven hasta tu ama —Ordenó.

Lorena se tensó al momento y no tardó más de tres segundos en obedecer. Se acercó a gatas a su ama y se situó ante ella. La dolorosa sensación de las descargas en su cuello se había esfumado, ahora tenía la sensación de ser plenamente consciente de cada fibra de su cuerpo. Podía notar cómo los pelos de su nuca se erizaban, expectantes, cómo tenía los brazos y las piernas tensas por la espera, cómo su coño ardía y chorreaba. Una súbita vergüenza se apoderó de ella al notar incluso el aroma a sexo que se elevaba de su entrepierna, ¿También lo olería su ama? La miró de soslayo, sin mirarla.

—Quítame los zapatos.

La esclava retiró delicadamente primero un zapato y después el otro. Eran unos elegantes zapatos negros con un ligero tacón, sensual, sin ser atrevido. Los dejó perfectamente colocados a un lado.

Talía levantó el pie derecho y lo situó ante la cara de Lorena.

—Masajéalo.

La esclava tomó el pie entre sus manos. Talía llevaba puestas unas medias de nylon con motivos de pequeñas enredaderas, que hacían que el contacto fuese suave y delicado, Lorena se afanó en masajear como pudo, aunque nunca lo había hecho. Un ligero olor acre emanaba de los pies de Talía, aunque a pesar de resultar desagradable, no hacía más que encender a Lorena y hacerla sentir insignificante y sucia a los pies de su ama.

La esclava iba alternando entre los dos pies ante los gestos de Talía, y así estuvo cerca de media hora. En cierto momento Talía se levantó y, situándose al lado de Lorena, se deshizo de las medias en un movimiento grácil y sensual.

Lorena la miraba sin levantar la cabeza, viendo como después de las medias siguió la blusa, y después la falda. La respiración de la mujer se aceleró, le llegaba claramente el dulce aroma del coño de Talía, que estaba a escasos centímetros de su cara. Los recuerdos de su primer encuentro acudieron en tromba a su cabeza, aquel día comió un coño por primera vez en su vida, y para su sorpresa, lo había disfrutado. Lo había disfrutado tanto que la sola idea de repetirlo le aceleraba el pulso. No pudo evitar levantar la cabeza para observar el cuerpo de la joven que la tenía sometida, la que la había abierto la puerta a un mundo hasta ahora desconocido y prohibido.

Talía llevaba un conjunto de encaje morado claro, de tanga y sujetador de copa baja. Su figura era perfecta.

Cogió las medias que se había quitado y ató con ellas los brazos de Lorena a su espalda, a continuación, volvió a sentarse en la cama. Nuevamente levantó un pie y lo situó ante el rostro de su esclava.

—Chúpalo.

Lorena, que esperaba tener que chupar otra cosa, se quedó confundida unos segundos, pero estaba en tal estado de excitación que se repuso rápidamente y se dispuso a obedecer. Tímidamente acercó su lengua a los arreglados dedos de Talía, que lucían una manicura perfecta y estaban pintados de morado a juego con la ropa interior, y comenzó a lamer. Esperaba un sabor más fuerte, pero al igual que el olor, no era desagradable. La joven expuso la planta del pie y Lorena comenzó a lamerla, al principio con reticencias, pero después con fruición. Llevaba su lengua del talón a los dedos, en un pie y en otro. Cuando su ama le ofrecía los dedos los lamía, los chupaba, se los introducía en la boca, los saboreaba. No dejó ni un centímetro de pie sin lamer.

—Suficiente —dijo Talía, mientras se levantaba. Con un rápido movimiento se deshizo del sujetador y a continuación se despojó del tanga—. ¿Habías hecho esto alguna vez?

—No, ama, nunca lo había hecho.

—¿Te ha dado asco? ¿O has disfrutado? ¿Qué has sentido al hacerlo? Tienes permiso para hablar con libertad, esclava, quiero la verdad.

Lorena miró a su ama a los ojos, sopesando si de verdad tenía que ser sincera o si era mejor decir lo que su ama quería oír. Tras unos segundos llegó a la conclusión de que lo que realmente quería oír era la verdad. No creía que tuviese muchos momentos para hablar con sinceridad en su nueva vida, así que aprovechó.

—Al principio... —Comenzó la mujer, dubitativa —Al principio sentí rechazo, no me resultan agradables los pies ajenos... el... el olor... —apartó ligeramente la mirada, avergonzada.

—Continúa —dijo Talía—, te pedí sinceridad y es lo que espero de ti.

—El olor era desagradable, aunque... no sé por qué... no me ha disgustado.

—¿No te ha disgustado el olor de mis pies?

—No... incluso... —"me ha puesto cachonda" quiso decir, pero fue capaz

de verbalizarlo.

Talía sabía perfectamente lo que estaba pasando por la cabeza de su esclava.

—¿Has disfrutado haciéndolo? ¿Has disfrutado lamiéndome los pies?

Lorena apartó la mirada, pero no rehusó contestar.

—Sí, ama.

—¿Si, ¿qué?

—Sí... He disfrutado lamiéndole los pies, ama.

Lorena estaba cada vez más caliente, se sentía humillada y eso la estaba volviendo loca.

—Entonces tendrás que agradecerme que te haya permitido hacerlo, ¿No? Tienes que ser una esclava educada.

La mujer alzó la vista, ¿Quería que le dijera...? Sí, claro que lo quería... Un paso más en la humillación, y van...

—Muchas gracias, ama —dijo Lorena, entre dientes.

—¿Muchas gracias por qué?

La mujer respiró hondo.

—Muchas gracias por dejarme lamerle los pies, ama —contestó la esclava.

Las palabras salían a trompicones de su boca, era curioso que le costase más trabajo decir esa frase que haberle lamido los pies a aquella joven.

—De nada —contestó Talía, divertida por la situación. Se sentó de nuevo en la cama, en el mismo lugar que antes —. Y si tan agradecida te sientes... ¿No deberías hacer algo por mí? ¿Para devolverme el favor?

Mientras pronunciaba esa frase, separó ligeramente las piernas. Los ojos de Lorena volaron al rosado coño de su ama. Estaba completamente depilado y brillaba por la humedad que rezumaba. La mujer se quedó paralizada, ahora sí, su ama estaba esperando que volviese a lamerle el coño y, para su vergüenza, Lorena también lo deseaba.

Se acercó de rodillas, era un poco difícil porque aún tenía las manos atadas a la espalda, y se inclinó hacia el regazo de Talía.

—¡No, no, no! —canturreó la joven, parando el avance de Lorena con la mano —¿Sin pedir permiso?

La mujer la miraba, una nueva humillación, un nuevo paso más en su descenso a los abismos.

—¿Me permite...? ¿Me permite que la... que la... lama... el... el ... —Talía

miraba con curiosidad —...coño, ama?

—¿Quieres lamerme el coño?

—Sí, ama.

—Podrás hacerlo, pero sólo si antes usas tu lengua en otro lugar —Talía se giró, poniéndose a cuatro patas y situando frente a la cara de su esclava su perfecto culo de ébano —¿Quieres meter tu lengua en mi culo?

La mujer no daba crédito. Una lágrima resbaló por su mejilla. No podía esperar que dijese eso, que esas palabras saliesen de su boca, que la obligase a hacerlo, pero tener que pedirlo... verbalizarlo...

Pero sabía que no tenía opción, y que algo en el fondo de su alma le decía que tenía que hacerlo, que quería realmente hacerlo.

—Si, ama...Quiero... —¿Por qué le costaba tanto decir las cosas? Ya le había comido el coño a aquella joven, incluso la había tenido a cuatro patas ante ella, aunque no había llegado a lamerle el culo, ¿por qué decirlo era tan difícil? —Quiero meter mi lengua en... —no iba a poder acabar la frase, no... —su culo...

Se estremeció. Al decir eso un escalofrío recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies, siendo perfectamente palpable el efecto que tuvo en su coño. Talía no dijo nada, simplemente se separó ligeramente las nalgas para mostrar a su esclava el pequeño manjar.

Lorena se inclinó ante el trasero de su ama y sacó la lengua lentamente. Las lágrimas descendían por sus mejillas, pero no era por lo que estaba haciendo, no era por sentirse humillada. Era porque lo estaba disfrutando. Se sentía culpable. ¿Cómo podía ella, una mujer respetable, estar disfrutando en esa situación? Sabía que las circunstancias la habían llevado hasta allí, el deseo de encontrar a Lucía, pero ¿De verdad tenía que disfrutar de ello?

Su lengua acarició el ano de Talía y pudo notar el tacto seco y rugoso. Recorrió el rosado agujero en movimientos circulares, degustando el peculiar olor y sabor que desprendía. No podía mantener bien el equilibrio sin manos, y acabó enterrando la cara entre las nalgas de la joven para no caer.

Poco a poco el sabor y el olor se disipó, ahora se había mezclado con el de su propia saliva (que por cierto había embadurnado su cara) y con el del coño de su ama, que tenía tan cerca... tan cerca...

Movía la lengua más rápido, con más soltura. El ojete de Talía se abría ligeramente debido al placer, palpitaba. Recordó lo que su ama le había pedido hacer.

Meter tu lengua en mi culo.

No lamer, ni chupar.

Meter.

Volvió a estremecerse.

Puso la lengua rígida y situó la punta en el agujero negro que tenía ante ella. Empujó ligeramente para vencer la leve presión que ofrecía el ojete y notó como éste cedía y abría paso a su lengua. La introdujo todo lo que pudo, notando como los músculos rectales de su ama presionaban y palpitaban alrededor de su lengua.

Talía gimió y movió las caderas adelante y atrás, indicando a Lorena lo que quería a continuación.

Y Lorena, espoleada por los gemidos de la joven, no puso objeción. Comenzó a meter y sacar su lengua en el culo de su ama, penetrándolo una y otra vez como si de una polla se tratase. Comenzó a dolerle la lengua, así que intercalaba las penetraciones con lamidas y besos.

Talía se agitaba, cada vez que su esclava metía la lengua echaba hacia atrás las caderas para lograr penetraciones más profundas, gemía, jadeaba. Separaba sus nalgas todo lo que podía, ofreciendo a Lorena una preciosa vista de su ano completamente expuesto, después la agarraba del pelo y la apretaba más contra su culo. En verdad estaba disfrutando del trabajo de su esclava.

Entonces, en un movimiento inesperado, la joven se tumbó, agitando aún las caderas por el placer, se puso bocarriba, se acercó al borde de la cama y se abrió de piernas.

—Está bien, puta, te has ganado tu premio —dijo mientras colocaba los muslos en los hombros de su esclava y cerraba las piernas tras su nuca.

Lorena se vio enterrada en el encharcado coño de Talía, atrapada entre sus piernas. El aroma de su sexo era poderosamente embriagador y se sumergió de buen grado en él, lo devoraba, lo degustaba y lo disfrutaba. Su mente se había ido y su excitación actuaba en su lugar, dejándose llevar por la lujuria.

Los gemidos de Talía inundaron la habitación, y no tardó mucho en alcanzar un sonoro y potente orgasmo que descargó en la cara de Lorena. Sin aflojar el nudo en el que tenía sujeta la cabeza de su esclava, alcanzó otro orgasmo más casi inmediatamente.

Pasaron unos minutos en los que la lengua de Lorena seguía lamiendo delicadamente el sexo de su ama, que seguía tumbada disfrutando de los

últimos estertores de su orgasmo. Tras ese tiempo Talía soltó a la esclava y se levantó.

—Lo has hecho bien, perra —se agachó y le dio un suave beso en la frente que Lorena recibió con júbilo—. Ahora podrás ir a descansar, es suficiente para tu primer día, pero antes...

Talía obligó a Lorena a separarse de la cama y a pegar su cabeza al suelo. En esa posición, sus tetas quedaban colgando a la altura suficiente para que sus pezones rozasen el suelo, y su culo y coño quedaban totalmente expuestos a los deseos de su ama.

Lorena no hacía más que imaginar lo que venía a continuación y eso la ponía a cien. Talía se acercó al mueble a recoger algo y se acercó de nuevo a su esclava.

—Estás cachonda, ¿verdad, puta?

—Sí, ama —Lorena no contempló la posibilidad de mentir.

—¿Has estado tan cachonda alguna vez?

—Uff... No, ama, nunca.

—¿Y qué quieres que haga?

Talía comenzó a acariciar el coño de su esclava con un objeto de plástico.

Debe de haber cogido un consolador —pensó Lorena. Su respiración se aceleraba, quería sentirlo dentro, quería que la llenara quería...

—Quiero que me folle, ama.

No era ella la que hablaba, estaba segura de eso, ahora mismo no era capaz de controlarse a sí misma, era como si estuviese bajo los efectos del alcohol.

—¿Quieres que te folle?

—Sí, ama, por favor.

—¿Quieres que te folle como la sucia perra que eres?

—Sí... quiero que me folle como la sucia perra que soy.

Talía jugaba con el objeto en su coño, pero no llegaba a introducirlo en él. Lorena movía las caderas impaciente.

—Porque eso es lo que eres, ¿verdad? Una sucia perra sumisa.

—¡Sí!, ¡SÍ, ama! —la mujer estaba perdiendo el control.

—En unos días has chupado coños, pollas, culos, has sido follada y enculada, y lo has disfrutado todas y cada una de las veces, ¿Cierto?

—Cierto, ama, lo he disfrutado.

—¿Has disfrutado cuando me comías el coño?

—Sí, ama, he disfrutado ¡Ah! —Talía introdujo el objeto en su coño y lo sacó —mientras le comía el coño.

—¿Y has disfrutado obedeciéndome?

—Sí, ama, he disfrutado obedeciéndola...

—¿Disfrutaste cuando Javier empaló tu virgen culito?

La mención de Javier el "rompeculos" hizo que Lorena se estremeciese, pero sí, sabía que al final lo había disfrutado, casi más que cuando le follaron el coño.

—¡Sí! ¡Sí! Lo disfruté, ama, uff.

—Él también lo disfrutó. Y no me extraña: tienes un culo soberbio —Talía dejó de acariciar el coño de Lorena y situó el objeto a la entrada de su culo —, y quiero que esté preparado para cualquiera que quiera follarlo.

Haciendo un ligero esfuerzo, venció la resistencia que ofrecía el ojete de Lorena e introdujo de golpe lo que en realidad era un plug anal.

—¡Ah! —gritó Lorena, mezcla de sorpresa y de dolor.

Talía le dio un pequeño azote y comenzó a desatarle los brazos.

—Ya puedes retirarte a tu habitación —dijo.

—¿Ya? —preguntó la esclava, confundida. Comenzó a incorporarse y a mover los brazos para recuperar la movilidad.

—¿Algún problema? —Talía la miró fijamente, dándole a entender que no había lugar a réplica.

—No, ama, pero... ¿qué hago con... con esto? —preguntó, señalándose el trasero.

—Lo llevarás puesto en todo momento. Sólo te lo quitarás cuando hagas tus necesidades, momento en el que lo limpiarás y te lo volverás a introducir.

Lorena miraba incrédula, ¿la iba a dejar así de... de... cachonda? ¿y con aquello puesto?

—Como ya te he dicho (y no me gusta repetir las cosas dos veces), voy a entrenar tu culo para ser follado y dar placer, y para eso primero hay que acostumbrarlo a recibir objetos cada vez más grandes. Éste es el nivel dos del entrenamiento, pensé que gracias a la polla de Javier no haría falta empezar por el más pequeño, ¿No crees? —Lorena no contestó, estaba asimilándolo todo —Ahora quiero que vayas a tu cuarto y te des una ducha. Luego quiero que descanses bien.

Lorena estaba paralizada en medio de la habitación, no podía creerse que después de estar tan cachonda la dejase así.

—¿A qué esperas? ¡Fuera!

La esclava se sobresaltó.

—¡Sí, ama! —respondió asustada, y salió a toda prisa de la habitación.

Llegó a su cuarto casi a la carrera, quería encerrarse, gritar y llorar, pero lo que hizo fue obedecer y darse una ducha.

¿Qué he hecho para merecer esto? —pensaba —¡He obedecido en todo! Me he humillado y degradado ¡para nada!

"Tu placer no te pertenece, tu cuerpo no te pertenece" Le decía la vocecita dentro de su cabeza.

Gritó de rabia.

Se metió bajo el chorro de agua caliente mientras maldecía su suerte. Apoyó la frente contra la pared mientras las lágrimas de impotencia bajaban por sus mejillas. Comenzó a sollozar en silencio, se abrazó a sí misma buscando algo de calor y comprensión, y lentamente comenzó a acariciarse.

No fue un acto consciente, simplemente su cuerpo demandaba ser atendido. Comenzó a acariciar su cuello, sus brazos, sus pechos. Jugueteeó con sus sensibles pezones, los pellizcó y los estiró.

Una mano recorrió lentamente su abdomen, recorriendo la corta pero interminable distancia que la distanciaba de su coño. Cuando introdujo el primer dedo un gemido acudió inmediatamente a su boca, estaba al límite y no iba a tardar mucho en correrse. Introdujo un segundo dedo y un tercero. Notaba perfectamente como su culo se cerraba sobre el plug anal, y cómo se contraía sobre él a cada espasmo del orgasmo que se avecinaba.

Aumentó la velocidad, comenzó a gemir y a agitarse, ya venía, ya venía.

Un grito surgió de su boca cuando una enorme descarga recorrió su cuerpo. Cayó al suelo de la bañera gritando de dolor y agarrándose el cuello. Una tras otra se sucedían descargas eléctricas que la hacían retorcerse de dolor.

No pudo contar cuantas fueron, no supo cuánto tiempo estuvo tirada bajo el agua, pero al rato pararon, ¿Qué había pasado?

"Tienes prohibido llegar al orgasmo sin pedir permiso" resonó la voz de Talía en su cabeza.

Pensó en el collar, en las nanomáquinas, en el dispositivo de control... ¿Tanto control tenía sobre ella ahora?

Lloró. Lloró durante horas bajo la ducha hasta que se sintió agotada, momento en el cual salió, se secó y se metió en la cama, completamente

desnuda.

No supo en qué momento se durmió, pero toda la noche soñó consigo misma desnuda y encerrada en una jaula, mientras desde fuera de ella, Talía, Zulema (aunque no sabía su aspecto, en el sueño sabía que era ella), Javier, Rob, Elsa, Lucía, su marido, sus vecinos, su familia, y todo el mundo la señalaba y se reía.

\*\*\*\*

Quince días más tarde.

Una joven, con gesto nervioso y rostro pálido, aparece en la entrada de la comisaría solicitando ayuda.

—Vengo a denunciar la desaparición de mi madre.

—Pase, aquel policía le tomará los datos.

—No, agente, mejor pásela a mi despacho –interviene un hombre de apariencia seria.

La muchacha se dirige tras los pasos del hombre, que la acaba de citar en su despacho, cuando entran, este se gira y le estrecha su mano, la joven observa atónita la cara del comisario.

—Comisario Javier Gutiérrez Ledesma, ¿en qué puedo ayudarla, señorita?

